

Deconstruir La Versión Freudiana De La Sexualidad Femenina

Eduardo Braier

"[...] la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un *dark continent* (*continente negro*) para la psicología."

S. Freud, "Pueden los legos ejercer el psicoanálisis?" (1926).

A más de cincuenta años de leer y transmitir los textos de Freud, me ha surgido el interés de realizar una labor de *deconstrucción* (Derrida) de las teorías freudianas acerca de *la sexualidad femenina*, las más vulnerables y cuestionables de su vasta producción. Me he propuesto que dicha labor consista en una visión esencialmente personal. De allí que, a diferencia de trabajos anteriores, haga yo relativamente poca mención a los aportes de otros autores. Abro interrogantes y formulo mis propias reflexiones sobre el encadenamiento teórico estructural que Freud propone.

Freud. Sexualidad femenina. Deconstrucción. Patriarcado. Falocentrismo. Complejo de castración. Envidia del pene. Complejo de Edipo. Psicoanálisis pospatriarcal.

Introducción

No tengo la menor duda de que la extensa producción escrita que nos legó Sigmund Freud es la obra de un genio. Sin embargo, en el mundo del psicoanálisis y desde hace décadas, es frecuente llegar a la conclusión de que dicha obra refleja, en lo que concierne a sus teorías acerca de la *sexualidad femenina*, su lado más cuestionable y vulnerable. Y todo esto ocurre más allá de que en esta temática haya asimismo realizado verdaderos hallazgos y trascendentales aportes.

Una alternativa sería quedarnos, como se suele decir hoy en día, dentro de "nuestra zona de confort", esto es, sin cuestionarnos nada. Por mi parte, hace tiempo que me inclino por la opción opuesta: la de continuar interrogándonos en torno a aquellas formulaciones que no nos han convencido, cuando hasta el día de hoy hay quienes las reproducen *ad infinitum* como un mantra.

Aunque en mi caso me considero un seguidor de su obra (un freudiano, diríamos), entiendo que Freud debería ser siempre para

nosotros, como bien dice Rubén Zukerfeld, un autor *de referencia*, que no *de reverencia*.

Ampliamente rebatidas en el psicoanálisis y aún más allá de este, incluso en vida de Freud, estas teorías han sido y continúan siendo objeto de revisión crítica. Como fueron revisitadas en numerosas ocasiones, insistir en ello podrá parecer *a priori* algo remanido en más de un punto. Pese a todo, me guía el propósito de exponer mi propia *deconstrucción* (en el sentido derridiano del término) de la versión freudiana de la sexualidad femenina y algunas ideas personales al respecto, basándome para ello en mis consideraciones teóricas y experiencia clínica, acumulada a lo largo de muchos años de práctica psicoanalítica. Precisamente Freud mismo, justo es recordarlo, exhortaba a los psicoanalistas a acudir a estos recursos en la parte final de "Sobre la sexualidad femenina", para de este modo poder plantear los puntos de vista personales. Así, escribió lo siguiente:

"[...] en un campo de tan difícil acceso puede resultar valioso todo informe acerca de las experiencias propias y concepciones personales." (Freud, 1931, p 242).



Hasta el momento, nunca había yo explicitado en escrito alguno mi posición al respecto, mi propio “informe”. Siento que ha llegado el momento de hacerlo, de atreverme a ello, atendiendo en especial al hecho de que en este tema disiento en varios puntos con lo que escribe Freud.

He sentido la necesidad de exponer mis planteamientos por medio de una *presentación integral* en las que pueda reunirlos, recorriendo para ello a la revisión de las distintas fases de la evolución del desarrollo sexual femenino, tal como fueron descriptas por Freud.

Me propongo así reabrir interrogantes y formular mis propias reflexiones sobre los distintos eslabones de la cadena estructural que el fundador del psicoanálisis propone acerca de la sexualidad femenina.

A todo esto, son llamativas las paradojas y contradicciones que encontramos en la obra freudiana en lo que a esta temática se refiere. Quizás no se haya tomado suficientemente en cuenta, por ejemplo, que a poco de exponer afirmaciones cuasi axiomáticas, alusivas al complejo de castración y al complejo de Edipo en la niña, en sus clásicos trabajos de la década del '20 (Freud, 1923; 1923 a; 1924; 1925), Freud confesara a sus lectores que la sexualidad de la mujer seguía constituyendo para él un *continente negro* (Freud, 1926, p199), vale decir oscuro, enigmático y semidesconocido. En realidad, venía hablando de esa oscuridad que para él suponía la sexualidad de las mujeres desde los primeros tiempos en que dio a conocer sus teorías sexuales (Freud, 1905). Pero ello tampoco fue óbice para que, sobre el final de su vida y de su obra, afirme categóricamente que el complejo de castración femenino (envidia/anhelo del pene) se erige como “una roca de base”, una última e irreductible resistencia en el tratamiento psicoanalítico de la mujer (Freud, 1937, pp. 253-254).

A lo largo de su obra observamos que: 1) persistieron en él varios enigmas en torno a la sexualidad de la mujer; 2) a ello se añadió su propio

reconocimiento, en varias oportunidades, de que lo que describía lo había extraído de unos pocos casos de su práctica clínica, esperando las verificaciones de otros psicoanalistas para recién poder hallarse en condiciones de adjudicarle a lo enunciado un valor universal; 3) nos transmitió su impresión de que los sucesos que describió podrían variar considerablemente en cada caso (presencia o ausencia, orden de presentación, etc.); 4) por último, y no por ello menos importante, apuntamos en su descargo que a cierta altura de sus labores investigativas, nada menos que en su decisivo texto “Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas entre los sexos”, manifestó sentirse compelido a comunicar sus hipótesis, sin esperar a obtener mayores pruebas, por cuanto sentía que a esas alturas el tiempo del que disponía (refiriéndose al que tenía por delante, dado que ya era un hombre mayor y se hallaba enfermo) era limitado¹. Decía estar rodeado de colaboradores que podrían encargarse de corroborar -o no- sus presunciones (Freud, 1925, pp 267-8), rubricando estas consideraciones con la siguiente frase:

“Por eso me siento con derecho, esta vez, a comunicar algo que urgentemente requiere prueba antes de que pueda discernirse su valor o disvalor” (Freud, 1925, p 268).

Y habrá de finalizar la misma obra a la que estamos acudiendo con el siguiente comentario:

“Me inclino a conceder valor a las elucidaciones aquí presentadas acerca de las consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos, pero sé que esta apreciación solo puede sustentarse si los descubrimientos hechos en *apenas un puñado de casos* se corroboran universalmente y demuestran ser típicos. De lo contrario no serían más que *una contribución* al conocimiento de *los múltiples caminos que sigue el desarrollo de la vida sexual.*” (Freud, 1925, p 276. Las cursivas son mías).

Pero entonces, pese a estas advertencias y salvedades que Sigmund Freud dejó escritas,

¹ Sin embargo viviría catorce años más, durante los cuales realizó numerosas publicaciones.



¿por qué muchos analistas, durante demasiado tiempo, parecieran haber tomado al pie de la letra y como dogmas muchas de sus aseveraciones sobre el tema? Entiendo que, ante tantas preguntas sin respuestas satisfactorias, tanta oscuridad, dichas aseveraciones que, como es fácil de comprobar, fueron sin embargo y en contraste con ello paralela y contradictoriamente enunciadas por él de un modo sentencioso, como si de una convicción inequívoca se tratara, operaron cual tabla de salvación en medio del desconcierto y el naufragio de las ideas, incitando a su adopción y repetición, ante la angustia de no saber y/o la idealización de la figura de Freud². Ya revisitaremos su concepción falocéntrica de la sexualidad femenina, por la cual, de no saber “qué quiere la mujer” y de poco más o menos confesar que no sabía casi nada o nada de ella, pasa a saberlo todo (o casi todo), sosteniendo de manera axiomática y repetitiva que toda su organización psíquica y sexual se configura en torno de su complejo de castración, esto es, de su envidia del pene, que lo explica todo (o casi): su sentimiento de inferioridad, su especial necesidad de ser amada (para compensar dicho sentimiento de inferioridad), su deseo de hijo, etcétera.

Pero también hay que decir que en sus propios trabajos, Freud tiene a bien incluir algunas opiniones disidentes de psicoanalistas con relación a lo sostenido por él en artículos sobre el tema que datan de la década del '20. (Freud, 1931; 1933 [1932]).

Por otro lado, las valiosas y numerosas contribuciones posteriores, en especial por parte de psicoanalistas mujeres (varias de ellas con un claro posicionamiento feminista), hasta llegar al psicoanálisis contemporáneo, nos ofrecen diferentes perspectivas y han puesto severamente en tela de juicio los principales postulados del creador del psicoanálisis en lo que a la sexualidad de la mujer se refiere. No las citaré porque son muchas y además para no incurrir en omisiones

injustas. Lo cierto es que las mismas han permitido que, en lugar de quedarnos con los aportes de Freud, reducidos a una visión un tanto esquemática de la sexualidad femenina, al menos muchos de nosotros pudiéramos acoger nuevas hipótesis, las que nos vienen dando un panorama más amplio y enriquecedor.

A la vez esto nos invita a seguir investigando.

Pero en el presente trabajo me limitaré a una deconstrucción de los textos freudianos, a la sexualidad femenina *desde Freud* y centrada en mi mirada personal acerca de estos, de la que devienen acuerdos, al tiempo que cuestionamientos y nuevas propuestas. Es que en este caso es esa precisamente mi intención, sin pretender abarcar el tema en toda su amplitud. Se trata de un estudio que a estas alturas me debía a mí mismo, antes que a los demás.

Los diversos interrogantes en torno a la sexualidad de la mujer coexisten y se entremezclan hoy en día con las acuciantes y candentes polémicas en torno a la identidad de género y la transexualidad, importantes temas, que no podremos abordar aquí, limitándonos a un enfoque desde el binarismo de lo masculino /femenino, aunque sin dejar de reconocer la multiplicidad, la complejidad y la heterogeneidad del asunto (Glocer Fiorini, 2019). Esto significa al mismo tiempo tener que prescindir de una visión *intersubjetiva*, a la que finalmente he adherido y que valoro mucho, que comprende nada menos que el deseo de los padres acerca de su vástago (de que sea niña o niño, por ejemplo) y sus pulsiones libidinales y agresivas hacia el mismo. Seguiremos pues a Freud, para deconstruir su narrativa, si bien reconocemos de entrada que en sus descripciones posee una visión que tiende por momentos al solipsismo, sobre todo en lo que se refiere al complejo de Edipo, cuando con Lacan, Laplanche, Green, Rascovksy y tantos otros, desde hace ya mucho tiempo entendemos que el complejo de Edipo “es cosa de tres”.

² Más adelante me referiré a lo que, en este orden de cosas, parece haberle ocurrido al propio Ferenczi en relación con las hipótesis de Freud sobre la sexualidad femenina, según él mismo lo confesara, por cuanto

reconoció – al menos para sí mismo en su *Diario*- haber adoptado de manera acrítica y aceptado durante largo tiempo dichas hipótesis. El húngaro había sido uno de los más fieles seguidores de las teorías freudianas.



Una deconstrucción

Deconstrucción es un término introducido por el filósofo postestructuralista Jacques Derrida, quien inclusive llegó a aplicarlo al psicoanálisis y, en particular, a la obra del propio Freud³.

El término *deconstruir* no significa necesariamente destruir, sino revisar, analizar, cuestionar y eventualmente desmontar conceptos, buscando la realización de nuevas formulaciones. Es definido como la acción de deshacer analíticamente los elementos que constituyen una estructura conceptual. Algunos de tales elementos podrán salir incluso reforzados, pero también cabe que surja una nueva estructura.

La definición de *deconstrucción* del Diccionario de la Real Academia Española (2021) es la siguiente:

“Desmontaje de un concepto o de una construcción intelectual por medio de su análisis”.

Es sugerente lo que alguien, que no se ha dado a conocer⁴, ha expresado en torno al concepto en cuestión:

“Lo que yo entiendo es que *deconstruir* significa desarmar (descomponer) una estructura para observar y comprender sus partes, y volver a armarla. Implicaría desensamblar y ensamblar, es decir, reconstruir, pero no destrucción, puesto que la estructura original no se está alterando de forma irreversible”.

Lo deconstruido puede ser, por ejemplo, *un relato o narrativa*. Aquí nos encontramos precisamente con la narrativa freudiana del desarrollo sexual femenino, que nos permite efectuar un ejercicio de deconstrucción de los elementos que lo componen.

Si bien Freud describe verdaderas constelaciones en cuanto a los fenómenos que se irían sucediendo a lo largo de la evolución sexual de la mujer, se encarga también de advertir que las secuencias de los sucesos pueden variar y que con vendría -tal como lo he entendido yo- no ceñirse

a esquemas fijos, considerando que a menudo los hechos son poco claros y las vicisitudes variadas. A pesar de ello y en gran medida, lo que ha sedimentado a lo largo del tiempo tiene una impronta caracterizada por un excesivo esquematismo.

Me propongo seguir paso a paso los avatares por los que, según el creador del psicoanálisis, suele atravesar la mujer desde su niñez, eslabón por eslabón, incluyendo la fase preedípica y el complejo de Edipo, amén de las características estructurales que le adjudica al superyó femenino y al sentido que le confiere a la maternidad, a la luz del complejo de castración, ya sea concordando, cuestionando, discrepando o eventualmente proponiendo nuevas alternativas a la estructura conceptual freudiana.

Ahora bien, como no podría ser de otro modo, las hipótesis de Freud se basan fundamentalmente en la *observación clínica*, cosa que él mismo en sus trabajos sobre el tema se encarga de repetir una y otra vez. ¿Cómo no estar de acuerdo con la elección de este punto de observación? ¿Qué mejor campo de investigación que el que nos brinda la clínica psicoanalítica? Tampoco tenemos dudas de que el fundador del psicoanálisis ha hecho gala a lo largo de toda su trayectoria de una sagacidad clínica decididamente genial. Pero convengamos que una cosa es el *material clínico* del que disponemos y otra *la interpretación* (psicoanalítica, claro está) del mismo, que puede variar de manera considerable. Si a estas alturas de verdad pensamos que las hipótesis freudianas sobre la sexualidad de la mujer y la feminidad se han visto en mayor o menor grado influidas por los prejuicios propios del régimen patriarcal y androcéntrico que imperaba en su época, hemos de concluir que es en la interpretación del material donde reside el problema en lo que a esta temática se refiere.

Freud realizó notables descubrimientos y gestó hipótesis de extraordinario valor en sus célebres casos clínicos- tal vez el del “hombre de los lobos” sea el más sobresaliente de todos (Freud

³ Lo hizo con *Mas allá del principio de placer*, por ejemplo.

⁴ Fuente: Internet.



1918 [1914])-, pero quizá su talón de Aquiles ha sido el enigma de entender, como él decía, “qué quiere la mujer”, al tiempo que en parte habría sucumbido a los prejuicios de la época. Como todo ser humano, no podía ser infalible. Y es sabido que con frecuencia, en sus indagaciones, finalmente uno encuentra lo que en el fondo espera o desea encontrar o, dicho de otra manera, teoriza orientado en una determinada dirección⁵.

Para efectuar esta deconstrucción he elegido centrarme en la relectura de uno de los estudios más importantes de Freud en cuanto a esta temática, que es el que tituló precisamente “Sobre la sexualidad femenina” (Freud, 1931). También incluiré, en menor medida, “La feminidad” (Freud, 1933 [1932], artículo que en gran parte constituye una continuación del primero. Ambos adquieren particular relevancia por cuanto son de los últimos de su extensa obra en los que abordó expresamente el tema; reúnen asimismo muchas de sus anteriores aportaciones sobre este. Pero, además, el primero de ellos introduce una novedad de enorme interés, tal como lo señala Strachey en su *Nota introductoria* a este trabajo, al referirse a “[...] la intensidad y prolongada duración de la ligazón preedípica de la niña con su madre”. (Freud, 1931, p 226).⁶

La descripción de la fase preedípica sentó las bases para ulteriores desarrollos, concernientes tanto a las mujeres como a los hombres.

He de referirme solo a algunos de los puntos que integran los dos citados trabajos, si bien por momentos me permitiré aludir, aunque solo sea sucintamente, a otras obras del autor y de algunos otros.

Sobre la sexualidad femenina

La importancia de la fase preedípica

El punto de partida del trabajo de 1931 es la *fase preedípica*. De allí en adelante nos encontramos con una narrativa en cuyos sucesivos eslabones hemos de detenernos. Y habrá puntos de llegada, el último de los cuales, atravesado el complejo de Edipo y ya en su declinación, es la configuración del superyó femenino, del que la controversial caracterización freudiana requerirá una reflexión, a la luz de lo que nos revela la clínica psicoanalítica. Pero antes hemos de circunscribirnos a rever la fase preedípica en la niña y las inferencias de Freud sobre el particular, quedando pendiente para otra ocasión ocuparnos más de la fase edípica -de la que igualmente algo diremos- y de los distintos mecanismos que integran el *trabajo* de resolución del Edipo, como he propuesto llamar al proceso elaborativo de organización del psiquismo que entonces tiene lugar (Braier, 2021).

La intensa ligazón-madre

Freud comienza diciendo acerca de la niña que también para esta, como en el caso del niño, la madre es su primer objeto de amor. Acto seguido y en relación con el complejo de Edipo positivo se pregunta:

“[...] ¿cómo halla entonces el camino hasta el padre? ¿Cómo, cuándo y por qué se deshace de la madre? (Freud, 1931, p 227).

Más adelante, en el mismo artículo, procurará responder a estos interrogantes. Lo que hace

⁵ Veamos lo que sería una buena muestra de las humanas fallas de Freud en el desempeño de su función psicoanalítica, incluso reconocidas por él: ya le había sucedido en “el caso Dora”, escrito en 1901, en el que, obstinado en profundizar en los sueños de su paciente y demostrar sus hipótesis (recordemos que su trabajo se iba a llamar inicialmente “Sueños e histeria, fragmento de un análisis”), no pudo detectar a tiempo determinados fenómenos transferenciales. Debido a ello, estos acabaron dando por tierra con el análisis de la joven, que lo interrumpió. (Desde luego, eran solo los comienzos de la andadura freudiana. Él estaba recién explorando un

nuevo continente, el inconsciente, debiendo asimilar este fracaso terapéutico con la debida tolerancia hacia sí mismo; y bien sabemos cuánta enseñanza recogió nuestro hombre de aquel error.)

⁶ En el trabajo de 1915 “Sobre un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica” ya Freud había destacado la importancia de la relación madre-hija. Otro tanto cabe decir del historial de la joven homosexual (Freud, 1920).



de inmediato es anteponer dos hechos provenientes de sus observaciones en mujeres y en el terreno de la clínica psicoanalítica. El primero es el siguiente:

“[...] toda vez que existía una ligazón-padre particularmente intensa, había sido precedida, según el testimonio del análisis, por una fase de ligazón-madre exclusiva de igual intensidad y apasionamiento” (p 227).

Se trata, nos dice Freud, de un hecho de observación. Nada que objetar entonces, siempre y cuando no afirmemos que *siempre* que una niña posea una gran ligazón con el padre tenga indefectiblemente que reconocer este mismo origen. Dicho de otro modo y a manera de pregunta: ¿el padre puede o no ser objeto de un intenso amor de la niña *per se*? ¿Por qué una intensa ligazón - padre tiene necesariamente que ser, como parece sostener aquí nuestro autor, “heredera de una igualmente intensa ligazón-madre?” (p 229)⁷.

⁷ Freud reiteró esta postulación en “La feminidad” (Freud, 1933 [1932], p 111). Antes de 1931 le había conferido una especial importancia y protagonismo a la figura paterna, en detrimento de la materna. Recuérdese, solo como una muestra de ello, su hipótesis sobre la identificación primaria en 1923 (*El yo y el ello*), en la que señala una temprana identificación con “el padre de la prehistoria personal” (¿el padre de la prehistoria infantil o el de la prehistoria ancestral?), llegando a admitir en una nota al pie que tal identificación se daría con “los progenitores”, aunque para acabar diciendo: “En aras de una mayor simplicidad expositiva, solo trataré la identificación con el padre” (p33). Pero ya en la década del '30 fue destacando más y más el papel de la madre y del pecho, lo que en rigor de verdad estaba contenido en sus primeros trabajos. (Freud, 1905, pp 164-5, 167 nota 21; p 202. Véase además al respecto Freud, 1940 [1938], p 188).

Volviendo a la identificación primaria, da a entender finalmente Freud en “Conclusiones, ideas, problemas” (Freud, 1941 [1938]) que si el bebé pudiese expresarse verbalmente, diría: “[...] yo soy el pecho.”

Tratándose del pecho materno y siguiendo una continuidad asociativa, recuerdo que en una de las

El segundo hecho que menciona Freud es que la larga duración de la ligazón-madre por parte de la niña había pasado hasta entonces inadvertida para el psicoanálisis, y que incluso podría llegar hasta el quinto año de vida, siendo la fuente inicial de su florecimiento sexual.

He aquí una de las principales aportaciones a la investigación de la sexualidad femenina que contiene el artículo.

Freud señala inclusive la posibilidad de que algunas mujeres hayan quedado ancladas en esta relación primaria y dual con la madre⁸. Ya sabemos que tal fijación es clave para la intelección de diversos cuadros psicopatológicos. En el terreno estrictamente sexual, que es el que en esta ocasión nos ocupa, cabría citar homosexualidades femeninas que remiten a esta etapa preedípica de ligazón con la madre antes que a la propiamente edípica.

conversaciones que solía mantener con Horacio Etchegoyen en mis visitas a Buenos Aires, café de por medio, le comenté que en un momento dado yo había llegado a pensar en la posibilidad de que en los años '30 Freud hubiese podido estar influenciado por las teorías de M. Klein, quien en 1932 ya había publicado su libro *El psicoanálisis de niños*, en el cual reunió muchos de los conceptos expuestos en trabajos anteriores. En las teorías kleinianas, como bien sabemos, el papel de la madre, y el del pecho en particular, es crucial. A Etchegoyen, siendo de filiación kleiniana, le complació mi comentario y añadió que a él alguna vez también se le había pasado por la mente tal posibilidad.

Si hay que dar crédito al testimonio de S. Blanton (1970), a lo dicho podemos agregar lo que le dijera Freud mientras lo analizaba, allá por 1930 precisamente:

“El niño que se siente realmente amado no se siente inferior. Y esta actitud depende en mayor medida de la madre. Ella es quien más trata al niño durante sus primeros años de vida. *La influencia del padre, generalmente, no es de tanta importancia.*” (Las cursivas son mías).

⁸ Estado que correspondería al primer tiempo del complejo de Edipo según Lacan.



Llegados a este punto, y en estrecha relación con la madre en tanto objeto libidinal, es oportuno tener presente que por entonces Freud la consideraba la primera seductora, y ello sobre una base real, dada por los cuidados corporales efectuados (a la niña, en este caso), tal como señala también en trabajos ulteriores (Freud, 1933 [1932], p 112; Freud 1940 [1938], p188).

Ahora bien, una formulación freudiana repetida hasta el cansancio en psicoanálisis, y que suele fácilmente adoptar un carácter dogmático, es la siguiente:

La niña accede al complejo de Edipo a partir de su complejo de castración.

Lo que de acuerdo a Freud sucede es que la niña “entra” en el complejo de Edipo al apartarse hostilmente de su madre, debido a que no la ha dotado de un pene (Freud, 1925, p 273; 1931, p 233), a lo que le sigue el acercamiento al padre. Aceptaremos *a priori* tal aserto, si bien pronto veremos que este apartamiento reconoce también otras causas, en opinión del propio Freud, quien nunca como en el artículo de 1931 habrá de abundar en ellas.

El complejo de Edipo negativo en la niña suele anteceder al complejo de Edipo positivo

Todo esto merece una aclaración, dado que no hemos de perder de vista que Freud se está refiriendo solamente al *complejo de Edipo positivo*. ¿Por qué lo digo? Porque el *complejo de Edipo negativo de la niña*, en el cual por definición lo que prevalece es la elección de la madre como objeto de amor, siendo el padre el objetorival, *podría anteceder en más de un caso al positivo*. Entiendo que resulta razonable y atinado concebirlo así, por cuanto la niña, como venimos diciendo, a lo largo de sus primeros años se halla, desde su vida en el vientre materno, intensamente ligada a su madre (su primer amor, reiteremos, al igual que para el niño), de modo tal que en un momento dado y en función de su desarrollo psíquico, y habiendo pasado de una relación narcisista fusional con el objeto materno a una relación dotada de libido objetal con las figuras parentales, el padre se le presentaría como un “rival fastidioso” (Freud, 1931, p 228; y Freud 1933 [1932], p 111), configurándose así la situación

triangular edípica. Creo que pensamos poco en ello, pese a que Freud desliza en este texto de 1931, como tal vez no lo hace en ningún otro, que se trata de algo que de hecho acontece. Escribe:

“[...] se puede dar razón de las nuevas experiencias diciendo que la mujer llega a la situación edípica normal positiva *luego de superar una prehistoria gobernada por el complejo negativo*” (p 228. Las cursivas me pertenecen).

Cabe además añadir, para más datos, que en la parte final de este escrito Freud menciona un trabajo de Jeanne Lampl de Groot de cuatro años atrás, en el que su autora sostiene que, en efecto, la niña *entra en el complejo de Edipo negativo antes que en el positivo* (p 242).

Esta acotación suele pasar bastante desapercibida o no ser lo suficientemente mensurada, quedando acaso encubierta por la formulación antedicha, que alude a la entrada de la niña al complejo de Edipo positivo, lo que a su vez admite la posibilidad de que exista la intención de destacar a este último como la versión “normal” y deseable de dicho complejo, conducente a la heterosexualidad y a la reproducción de la especie. Es que Freud llamaba precisamente complejo de Edipo *normal* al positivo e inverso al negativo (Freud, 1923, p 35). Al dejar un tanto de lado la referencia a la versión negativa, citándola como al pasar, acaso revele además estar más interesado y atraído por la deriva que en sus teorizaciones toma el surgimiento en la niña de la ligazón- padre (complejo de Edipo positivo y concomitante tentativa de resolución del complejo de castración). De ser así no podemos descartar que esto sería además expresión del extravío falocentrista del fundador del psicoanálisis. En efecto, como sabemos, la niña según Freud se siente castrada, quiere tomar el pene del padre, luego tener un bebé de él, en tanto el hijo, por una ecuación simbólica y de acuerdo con lo desarrollado en otros artículos (1917 a, p 122; 1925, p274), representaría el pene del que carece. Aquí ya estamos en pleno complejo de Edipo.

Las confesadas limitaciones de Freud

Seguidamente, Freud se declara limitado para una investigación profunda de la fase preedípica en la niña. Nos trasmite que al ser un



hombre, ello ha facilitado el establecimiento de la transferencia paterna en sus analizadas, cuando en la clínica las fijaciones y regresiones a fases preedípicas dan en cambio lugar a una transferencia predominantemente materna (Freud, 1931, p 228). Ante ello y siendo varón, Freud confiesa tener dificultades para detectar dicha transferencia (y en consecuencia para indagar en el vínculo materno primario de la niña con su madre), confiando en que analistas mujeres (cita a tales efectos a Jeann Lampl-de Groot y a Helene Deutsch) pudieran hacerlo (p229). No obstante, ya por aquellos años, un analista varón, que no era otro que Sándor Ferenczi, acaso el discípulo predilecto de Freud hasta entonces y al que llamaban “el analista de los casos difíciles”⁹, al posibilitar la instauración y el mantenimiento de la regresión terapéutica y asumiendo ser el objeto de la transferencia materna, se atrevía a explorar esa “prehistoria preedípica” (p 228).

Los historiadores suelen decir que Ferenczi era “más femenino” que Freud, lo que habría facilitado que las cosas se dieran así.

La fase fálica. El clítoris concebido como un pequeño pene

Freud ha de obviar referirse al erotismo oral y anal de la niña en este estudio, centrándose en cambio en el correspondiente a la fase fálico uretral, la de la castración y el Edipo. Nos encontramos con el importante papel que le asigna al clítoris en la evolución psicosexual de la niña, que

relaciona con el pene y al que se refiere en determinado momento como “el clítoris viril”, en lugar de concebirlo como propiamente femenino (p. 230)¹⁰. Llegará a sostener:

“Lo esencial, vale decir, lo que precede a la genitalidad en la infancia, tiene que desenvolverse en la mujer en torno del clítoris” (p 230).

Ya en “La organización genital infantil” (Freud, 1923, p146) había señalado que en esta fase hay un primado del falo. Y al año siguiente escribe:

“El clítoris de la niña se comporta al comienzo en un todo como un pene” (Freud, 1924, p185).

Freud cita al pediatra Lindner (1878) cuando este sostiene que el bebé descubre durante el amamantamiento la zona genital, cuyo tocamiento le produce placer, se trate ya sea del pene o el clítoris. (Freud, 1925, p 270). No obstante, y pese a lo dicho por Lindner, me pregunto: ¿es que realmente la niña podrá percibir siempre su clítoris, diferenciándolo en sus sensaciones de los otros componentes de su aparato genital?

Resulta sin duda interesante en este punto recabar las impresiones de los analistas de niños. Como bien sabemos, Freud no practicó el análisis de niños, en los que, naturalmente, el acceso a estos estadios del desarrollo psicosexual de la niña se ve facilitado. Sólo conoció más a fondo el caso de Juanito (Freud, 1909), si bien ello fue basándose en el relato del padre de este y teniendo a la madre del niño como paciente¹¹.

⁹ Aludían a sujetos que probablemente portaban una patología no neurótica.

¹⁰ Es cierto que en embriología el pene y el clítoris se denominan *análogos sexuales*, en tanto tienen su origen en una misma estructura, el tubérculo genital, que creará el pene en el varón y el clítoris en la mujer, pero entiendo que ello no es un argumento suficiente para que este último pueda ser considerado equivalente al órgano sexual masculino.

El papel asignado por Freud al clítoris se remonta a sus cartas a Fliess de 1897, habiendo sido tratado ampliamente ya en sus *Tres ensayos de teoría sexual*, donde lo considera la zona rectora de la sexualidad en la mujer (Freud, 1905, p201), así como en “Sobre las teorías sexuales infantiles.” (Freud, 1908).

¹¹ Ha sido Ferenczi el primero en defender la creación del psicoanálisis de niños, valorando la posibilidad de confirmación de los descubrimientos obtenidos a través del tratamiento de los adultos y la de los hallazgos que podría proporcionar a la investigación psicoanalítica. Asimismo alentó a M. Klein -su paciente por entonces- para que practicara el análisis de niños, apelando a la técnica del juego, al tiempo que recomendaba que todo analista pasara al menos alguna vez por la experiencia de analizar un niño.



Personalmente lamento carecer de experiencia en el análisis de niños.

Por lo demás, Freud, a diferencia de algunos discípulos suyos e integrantes de la llamada escuela “inglesa”, negaba toda posibilidad de que la niña pudiera tener sensaciones vaginales tempranas. (Freud, 1932 [1933], p 109-110).

Para Freud esta fase del desarrollo psicosexual de la niña tiene, en definidas cuentas, un carácter netamente masculino.¹² Desde luego, tal primacía del clítoris va en detrimento del papel que pudiera jugar la vagina y que Freud descarta hasta por lo menos llegada la pubertad (Freud, 1931, p 230).

Conocemos el encadenamiento de los hechos que a continuación se suceden en el relato freudiano y no hemos de abundar en ello: caída de la desmentida (*Verleugnung*) en la niña (deja de creer que tiene un pene, o de que, si bien no lo tiene, ya le crecerá) y atravesamiento del complejo de castración, con envidia/anhelo del pene.

Freud señala en “Sobre la sexualidad femenina” que las alternativas de la mujer en relación con este complejo serán: a) inhibiciones y dificultades diversas en el área de la sexualidad (neurosis), b) la reivindicación del pene (trastorno del carácter, lo que hoy podríamos llamar una caracteropatía fálica; homosexualidad) o la aceptación de la feminidad (“sexualidad normal”).¹³

Todo o casi todo lo que le suceda a la mujer, especialmente en el plano sexual y amoroso, tendrá para Freud desde este momento una explicación desde la envidia del pene...¹⁴

La teoría falocéntrica

Por supuesto, aquí cabe el consabido como serio cuestionamiento a la doctrina freudiana (de por sí el principal), a la que se le achaca haber adaptado un modelo patriarcal y caído en el falocentrismo. Aceptamos que exista la envidia del

pene como expresión del complejo de castración en la niña y como una etapa por la que esta ha de atravesar durante el predominio de la organización fálico uretral. Pero para Freud esto no se reduce a algo que puede o no dar lugar a fijaciones, no. La envidia/ anhelo del pene (*penis neid*) se convierte para el creador del psicoanálisis en el eje principal en torno al cual gira *toda la sexualidad femenina*, otorgándole a ello *un carácter universal*. Si bien en un momento dado se permitió, irónicamente, burlarse de aquellos que durante décadas de práctica analítica no advertían huella alguna de un complejo de castración en la niña, él se situó en el extremo opuesto: *todo* se explicaba a partir de la envidia del pene. (Freud, 1925, p 272, nota 12).

Es evidente que Freud fue inevitablemente un hombre influido por la cultura de su tiempo, ante la que es cierto que se rebeló en más de una cuestión, con revolucionarios resultados (sexualidad, religión, pulsiones de destrucción, etc.); pero a su vez parece haber sucumbido a los dictados del patriarcado y el androcentrismo, lo que influiría en sus teorías acerca de la sexualidad en la mujer, ideologizándolas.

Intentando situarnos en aquella época, cabe pensar que sería bastante difícil que un hombre pudiera sustraerse de adherir a un pensamiento de este tenor, renunciando a la idea reinante durante siglos de una supuesta superioridad de los hombres, al servicio de la pulsión de dominio sobre las mujeres, del consiguiente poder y del narcisismo varonil.

En cuanto a los factores de índole estrictamente personal que eventualmente hubiesen podido influir en las teorías de Freud sobre la mujer¹⁵: acudiremos primeramente a una de las más recientes biografías del inventor del psicoanálisis, la de Elisabeth Roudinesco, que no en vano su autora ha titulado *Freud en su tiempo y en el nuestro*. Transcribiremos algunos pasajes,

¹² En “La feminidad”, a propósito del acceso de la niña a la fase fálica, escribe Freud:

“Ahora tenemos que admitir que la niña es como un pequeño varón.” (Freud, 1933 [1932]).

¹³ Vuelve sobre este punto en 1933 [1932], pp 117 y 120 y en 1940 [1938], p193.

¹⁴ Véase también Freud, 1925, pp 270-71-72.

¹⁵ Intento en este punto responder a un interrogante que oportunamente me trasladó Gustavo Lanza Castelli (2023).



sumamente elocuentes en lo que a la relación de Freud con las mujeres se refiere. Así, al aludir a la estrecha relación con su madre, que lo consideraba su hijo favorito, Roudinesco escribe acerca de esta:

«Desde su nacimiento Sigmund fue para Amalia un motivo de orgullo y altivez. Ella lo llamaba “mi Sigi de oro”, le hablaba naturalmente en *yiddish* y siempre lo prefirió al resto de sus hijos, convencida de que llegaría a ser un gran hombre». (Roudinesco, 2014, p 24).

La historiadora y psicoanalista francesa describe a su vez lo que caracterizaba la relación de Freud con su madre del siguiente modo:

«Apegado a su joven y seductora madre, a quien amaba de manera egoísta, Freud la miraba en su infancia como una mujer a la vez viril y sexualmente deseable.» *Op. cit.*, p 25)

Pocas páginas más adelante, a propósito de la relación de Sigmund con sus hermanas, señala Roudinesco:

«Si bien sus cinco hermanas lo veneraban, también lo consideraban tiránico. Él vigilaba sus lecturas, no soportaba el ruido del piano -que lo perturbaba en sus preciosos estudios- y le parecía normal que quedaran relegadas en una sola habitación iluminada con bujías, cuando por su parte él tenía un cuarto para su exclusivo disfrute y contaba con el beneficio de una lámpara de aceite.» (*Op. cit.*, p 33).

Es entonces posible pensar que la existencia de sus hermanas privaba a Freud de ser el único hijo y que ello acentuaría su ambivalencia hacia las mujeres. Sonsoles Puchades subraya, entre otras cosas, que Freud debió tener que soportar que, después de él haber nacido, le siguieran seis hermanos, así como su rivalidad con sus hermanas pequeñas “que le desposeyeron de mamá y le hicieron testigo de esa relación especial madre-hija”. (Puchades, 2023).

En cuanto a la organización familiar, típicamente patriarcal, en el seno de la cual creció el padre del psicoanálisis, Roudinesco comenta:

«El orden familiar que había impregnado a Freud en su infancia y durante su adolescencia descansaba sobre tres fundamentos: la autoridad

del marido, la subordinación de las mujeres y la dependencia de los hijos”. (*Op. cit.*, p 34).

Las cartas de Freud a Martha Bernays cuando eran novios nos remontan a los tiempos juveniles del fundador del psicoanálisis. Encontramos claros testimonios de lo que este pensaba acerca de la mujer, en tiempos en los que, obvio es decir, el patriarcado y el androcentrismo eran muy marcados. No dudó en esgrimir una posición conservadora al expresar en su carta del 15 de noviembre de 1883:

“Yo estimo que el cuidado de la casa y de los niños, así como la educación de estos, reclaman toda la actividad de la mujer, eliminando prácticamente la posibilidad de que desempeñe cualquier profesión” (Freud, 1883, p32).

Y en esa misma correspondencia le escribe a Martha:

“Me parece una idea poco realista la de enviar a las mujeres a la lucha por la existencia como si fueran hombres. ¿He de pensar en mi dulce y delicada niña como en un *competidor*? [...] Es posible que una educación distinta pudiera suprimir todas las delicadas cualidades femeninas [...] Mas quizás, en este caso, no existiría justificación para la melancolía originada por la desaparición de la cosa más hermosa que el mundo puede ofrecernos: *nuestro ideal femenino* [...] No, en este aspecto *yo prefiero ser anacrónico* y atesorar mi anhelo de Martha tal como es ahora, y no creo que ella quiera ser diferente” (p 33. Las cursivas son mías).

Críticas a la teoría falocéntrica

Concebir a la mujer como castrada levantó mucha polvareda, sobre todo fuera del campo psicoanalítico, suscitando la conocida e indignada crítica de una intelectual brillante, como lo fue Simone de Beauvoir (1949), quien no toleró esta tesis freudiana. Se opuso enérgicamente al criterio de Freud resumido en la frase en la que este parafraseaba a Napoleón: “La anatomía es el destino” (Freud, 1925), de donde deriva la oposición fálico/castrado.

Hay quienes hablan directamente de que por entonces estábamos ante un psicoanálisis *patriarcal*. La mujer, aunque sea una redundancia decirlo, no podía ser considerada un ser castrado.



Es que no le falta nada; ella es así, con su clítoris y su vagina.

Ya cuestionaban las postulaciones freudianas sobre la sexualidad femenina y proponían alternativas diferentes analistas como Karen Horney y Ernest Jones, mencionados por Freud en la cuarta y última parte del artículo que estamos revisando (Freud, 1931, p 244). En realidad, no sin audacia, ambos discrepaban con lo sostenido por el fundador del psicoanálisis en varios de los trabajos anteriores de este sobre el tema, correspondientes a la década del '20. (En especial cabe citar "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos"). Así Horney (1926, p 360) consideraba que existía una sobrevaloración de la envidia del pene en la niña¹⁶. Sostenía que lo que en realidad las mujeres envidiaban de los hombres no era el pene, sino sus prerrogativas y privilegios, tanto en el plano sexual como familiar, social y laboral¹⁷. Considero que al menos durante muchos años se han subestimado las apreciaciones de K. Horney, en las que adjudicaba, ya en aquellos tiempos y en vida de Freud, un papel importante a los factores culturales y sociales.

Por su parte Jones (1928, p 25) discutía la existencia de una fase fálica en la niña como un estadio real. Sabido es que tanto él como Klein y la escuela inglesa en general, rebatían también la clásica tesis de la envidia del pene.

Me pronuncio a favor de la existencia de una fase fálica en la niña que, en efecto, experimenta envidia/anhelo del pene (el análisis de niños y las evidencias de la vida cotidiana lo demuestran) y en la que suele preguntar/se por qué no tiene ella uno también, al igual que el varoncito, y hasta llega a orinar de pie imitándolo; pero entiendo que es absolutamente viable que esta fase sea superada en numerosas ocasiones, dejando de regir inexorablemente el funcionamiento psíquico y particularmente el sexual de la mujer. Desde luego, la experiencia clínica nos demuestra que pueden también producirse fijaciones a dicha fase, que Freud, como acabamos de ver, hubo de describir con claridad¹⁸.

De aquellos primeros años de la década del '30 del pasado siglo, que es cuando Freud da a conocer "La sexualidad femenina", sorprende e impacta acceder a un texto de Sándor Ferenczi, en tiempos en que ya la relación entre el maestro

¹⁶ K. Horney (1885-1952), de la que viene a cuento señalar que estudió medicina apoyada por su madre, que se había separado del padre, el cual se oponía a que Karen estudiara. Se analizaba con K. Abraham, fiel seguidor de las doctrinas freudianas. En el congreso de la IPA de 1920 Abraham refrendó firmemente la tesis de su maestro acerca de la envidia del pene en la mujer. A raíz de ello Horney acabó interrumpiendo su análisis. Años más tarde intentó reformular psicoanalíticamente todo lo concerniente a la feminidad, adhiriendo a la corriente culturalista. (Roudinesco y Plon, 1997, pp 490-91-92).

¹⁷ A todo esto, pienso que ello, además, podría hoy ser entendido en relación con la conceptualización del pene como el Fallo, en el sentido lacaniano del término, que permitiría acceder a realizaciones personales representativas de la completud, la perfección y la omnipotencia en el mundo subjetivo de las personas.

¹⁸ Hay mujeres que presentan diversos síntomas neuróticos e inhibiciones asociados con este complejo, o que evidencian marcados rasgos fálicos de carácter, o bien son directamente portadoras de caracteropatías fálicas. Algunas se erigen como feroces y temibles rivales de los

hombres debido a su envidia del pene, sea esta entendida en estricta relación con el miembro viril y/o como símbolo del poder y el privilegio que ello supone (aún hoy en día). Ellas detentan un intenso sadismo fálico, que en ciertos casos las convierte en la típica "mujer fatal" que frustra (castra) sexualmente a los hombres, habiéndolos antes seducido, lo que las emparenta con la histeria (es llamada vulgarmente "calientabraguetas" en España) y/o suelen poseer rasgos de carácter muy agresivos. Son duras, autoritarias, "cortantes", en especial con los varones, los que suelen bromear entre ellos comentando que "llevan siempre consigo las tijeras". Entre otros, Abraham (1920, pp259-283) ha hecho notables descripciones de estas perturbaciones del carácter derivadas del complejo de castración femenino.

También puede darse una patología relacionada con el hijo/a-pene, lo que se articula con los enunciados de Lacan y su concepto de Fallo. El hijo/a es entonces vivido como el Fallo por la madre, vale decir como sinónimo de completud. Ello puede dar lugar a manifestaciones patológicas en el vínculo madre-hijo/a, con la madre retentiva o madre fálica que describe Lacan y que para mí es, entre otras cosas, la madre de las perversiones sexuales por antonomasia.



y su hasta entonces discípulo favorito se había deteriorado, razón por la que este último luego sería denostado por la comunidad psicoanalítica. En su *Diario Clínico*, que el húngaro no tenía la menor intención de dar a conocer, confiesa secretamente, pocos meses antes de su muerte, este tan significativo juicio:

“Se observa en Freud la ligereza con la cual sacrifica los intereses de las mujeres a los pacientes masculinos. Esto corresponde a la *orientación unilateral, andrófila, de su teoría de la sexualidad*. En este punto ha sido seguido por casi todos sus alumnos, incluso por mí mismo. Mi teoría de la genitalidad tiene quizás muchos aspectos buenos, pero en lo que concierne a su presentación y la reconstrucción histórica, está supeditada a las palabras del maestro; una reedición implicaría una reescritura”. (Ferenczi, 1932, p 184. Las cursivas son mías).¹⁹

Ferenczi critica aquí severamente por *andrófila* la teoría freudiana sobre la sexualidad de la mujer, al tiempo que reconoce - tal como antes habíamos citado- que hasta entonces era un fiel seguidor y repetidor de estas.

Lo cierto es que de la lectura de Freud se deduce de manera indubitable que para él “lo femenino” de la mujer deviene de una transformación de “lo masculino”, que indefectiblemente lo precede...

¿Es el complejo de Edipo, según reza el texto de Freud, el complejo nuclear de la neurosis en la mujer?

A todo esto, la primacía otorgada al clítoris (que es decir al pene para Freud) podría a mi criterio poner en entredicho lo sostenido por nuestro autor acerca de que el complejo de Edipo es el “complejo nuclear de las neurosis” (Freud, 1940 [1938]) en lo que a las mujeres respecta. En efecto, desde una lectura para nada rebuscada de varios pasajes de su obra, cabe preguntarnos si

realmente esto es así o, más estrictamente, y si nos ceñimos a la letra freudiana, lo sería el complejo de castración. Me quedo con esta última alternativa. Aludo a lo que me sugieren los conceptos expuestos por Freud en este punto de su relato, procurando entender, desde mi propia interpretación del texto freudiano, lo que en el fondo él pensaba (sin yo compartir tales conceptos), puesto que me inclino por reconocer al complejo de Edipo como complejo nuclear de las neurosis también en la mujer, tal como el creador del psicoanálisis expuso “oficialmente”. Pero es que siguiendo al pie de la letra lo escrito por Freud, en mi criterio este estaría desmintiéndose a sí mismo en cuanto a esta última afirmación. ¿Por qué lo digo? Porque en la niña el complejo de Edipo positivo, según podría desprenderse de los textos freudianos, ocuparía un lugar secundario al de castración, no solo en el orden de aparición, por cuanto es -siempre según Freud- posterior y provocado por este, sino sobre todo -y esta ya es una lectura personal- *en el orden de importancia*. Es que, según considero, es el propio Freud quien lo insinúa en cierto grado, cuando califica al complejo de Edipo como una “*formación secundaria*” (Freud, 1925, p270 y 275. Cursivas mías). Escribe:

“En la niña, el complejo de Edipo es una *formación secundaria*. *Las repercusiones del complejo de castración le preceden y lo preparan*” (Freud, 1925, p275. Las cursivas son mías).

Veamos el asunto con más detalle: si el complejo de Edipo positivo de la niña estaría generado y condicionado por el complejo de castración (con apartamiento de la madre con hostilidad por parte de la niña y por haberla traído al mundo “castrada”, tema sobre el que volveré enseguida), en tanto sería lo que la llevaría a volcarse al padre, se deduce que el complejo de Edipo en la niña y, siempre desde esta perspectiva, no solo sería una consecuencia directa del de castración sino que además constituiría la

¹⁹ Es menester aclarar que la versión del *Diario Clínico* (Ferenczi, 1932) a la que he recurrido en este caso es la de la editorial Conjetural. La misma contiene este texto, correspondiente al 4 de agosto de 1932, que no figura

(desconozco los motivos de ello) en la edición de Amorrortu Editores, publicada bajo el título de *Sándor Ferenczi. Sin simpatía no hay curación. El diario clínico de 1932* (Avellaneda, pcia. de Bs. As., 1997).



tentativa de resolverlo a través de la vía descripta por el fundador del psicoanálisis: la niña atravesaría su complejo de Edipo positivo siguiendo el camino de la fantasía desiderativa de tomar el pene del padre, recibirlo y tener un hijo de este; un bebé que sería, por equivalencia simbólica, el representante del pene del que carece (Freud, 1917 a; 1924, p 186; 1933 [1932], p 119), y más aún -dice Freud- si se trata de un varoncito (Freud, 1933 [1932], p 119)²⁰. De este modo la relación objetal con el padre y el amor a este -ya en pleno complejo de Edipo- encubrirían en la mujer, si nos atenemos a lo que Freud relata, un interés básicamente narcisista, en su anhelo de poseer un pene, camuflado en el de tener un hijo con el padre. Aun el deseo hacia el hombre como objeto libidinal estaría condicionado por ser este un apéndice del pene...

Es de esta manera como lo veo, con el complejo de castración como complejo nuclear en la mujer, si nos ciñéramos estrictamente al texto freudiano. Esto sería así, a menos que en la mujer se siga considerando al complejo de Edipo como complejo nuclear de las neurosis sobre la base de que el trabajo psíquico de su resolución trae como resultado destacable una estructuración mental definitiva, cuya dinámica funcional habitualmente da lugar, entre otras vicisitudes posibles, a la producción de una psiconeurosis²¹.

Por ello en mi opinión, y al fin de cuentas, puede también admitirse como válido el enunciado freudiano de que lo que subyace a las manifestaciones neuróticas en la mujer es el drama edípico subyacente, complejo nuclear como en las neurosis masculinas (así me lo indica una y otra vez mi praxis psicoanalítica, con la única salvedad de ciertas fobias, de probables orígenes preedípicos), aunque la narrativa que propone Freud del desarrollo psicosexual femenino pueda

insinuar, reitero, que el complejo de castración sea el determinante.

El amor en la mujer

La concepción falocéntrica nos llevaría asimismo a pensar que desde Freud hasta podría ponerse en duda que la mujer sea en definitiva capaz de experimentar un amor genuino y suficientemente intenso por el padre -y por extensión por el hombre en tanto subrogado paterno- como objeto de amor primario que por sí mismo justifique su elección de objeto. Si seguimos la descripción freudiana, habría “gato encerrado” en la ligazón-padre por parte de la niña.

Pero, claro está, finalmente Freud habrá de reconocer también que la niña/mujer pueda desarrollar concomitantemente un vínculo amoroso con el padre como tal. Y concede el amor al padre (y por ende, diría yo, a los hombres) como última estación de un largo recorrido de la niña, que había comenzado en la fase preedípica. Freud lo menciona, si bien lo hace sin detenerse mayormente en ello y salvando así la omisión. Escribe respecto de la mujer:

“Su añoranza de poseer un pene, *añoranza en verdad insaciable*, puede llegar a satisfacerse si ella consigue totalizar {*vervollständigen*} el amor por el órgano como *amor por el portador de este*, como en su tiempo aconteció con el progreso del pecho materno a la persona de la madre.” (Freud, 1940 [1938], p 194. Las cursivas son mías).

Pero, inicialmente, siempre la mujer habría de amar al padre...para poseer un pene...

Infiero, pues, que en el pensamiento de Freud se desliza una duda esencial acerca de la capacidad amorosa de la mujer en lo

²⁰ Sin embargo, contribuyendo a la complejidad que el tema presenta, cabe contar con un deseo de la niña en la fase fálica, al igual que el varoncito, de ofrecerle un hijo *a su madre*, lo que nos remitiría igualmente al complejo de Edipo, reflejando nuevamente la participación determinante del Edipo invertido en el desarrollo sexual de la niña, que a su vez deriva de la intensa y prolongada relación madre-niña de la fase preedípica.

²¹ Tal estructuración supone la represión edípica, con amnesia infantil y formación del inconsciente reprimido, instauración o consolidación del superyó, creación de identificaciones secundarias en el yo y el superyó, etc. etc. La importancia del Edipo como organizador del psiquismo es incuestionable.



concerniente a su relación con el padre y con los hombres (no así con la madre y con el hijo varón). En este sentido es significativa la formulación freudiana en la que le atribuye a la mujer *la necesidad de ser amada antes que amar*. Entiendo que cuestiona aquí implícitamente y en cierto modo hasta dónde llega su capacidad de amar. Por otro lado, una vez más, la necesidad de ser amada, antes que de amar, sería otra de las consecuencias de la envidia del pene (!), que acrecentaría la inclinación -dado el sentimiento de inferioridad que le aquejaría- hacia una reivindicación narcisista.

He de reconocer que en la clínica estos encadenamientos y significados son susceptibles de ser observados en algunas mujeres²². No obstante considero que ello no es suficiente para adjudicarles un alcance universal y mucho menos reducir a ello la sexualidad femenina, que entiendo es algo mucho más complejo. Tampoco se trata de una cosa menor cuando se está corriendo el riesgo de caer en el menosprecio y rebajamiento de la mujer al poner en tela de juicio su capacidad amorosa, adjudicándole un carácter universal. Todo esto resulta hoy en día prácticamente inadmisibles y, peor aún, ofensivo. ¿Por qué no valorar más la posibilidad de que la mujer pueda amar *per se* al padre, directamente como, por ejemplo, *el padre protector* del que el mismo Freud nos habla en *Introducción del narcisismo* (Freud, 1914, p 87), para, a partir de este modelo, encontrar un objeto amoroso entre los hombres? Hablamos, pues, de que pudiera elegir al hombre no solo por ser portador del pene. Como vemos, en otro contexto Freud consideró esta alternativa.²³

También se soslaya así la investigación, junto al estudio de la mujer sexuada, de la mujer-

madre, así como otras significaciones de la maternidad, más allá de la ecuación niño-pene. Psicoanalistas posteriores a Freud, en especial mujeres, como en el caso de Marie Langer (1951), se encargaron de enmendar esta omisión.

El amor de la niña al padre

En este orden de cosas me pregunto además si en rigor es tan necesario el eslabón que propone Freud para que se produzca la entrada de la niña en el complejo de Edipo positivo; esto es, el apartamiento de la madre con hostilidad por parte de la niña, a raíz de no haberla dotado de un pene y su posterior ligazón con el padre, y si en cambio no resulta posible que, como acabo de mencionar, surja en ella un amor espontáneo a este e independiente de dicha cuestión. Al fin y al cabo, el padre es también un objeto primario, suficientemente cercano y significativo como objeto de amor y deseo; un digno candidato al amor filial. ¿Por qué no aceptar que la niña pueda desarrollar su complejo de Edipo positivo sin subterfugios, sencillamente volcándose al padre en un momento dado, y no que lo haga siempre de manera excluyente y como única alternativa solo para resolver su complejo de castración? Así de simple: poder concebir que la ligazón-padre en la niña sea por sí misma capaz de generar la conflictiva edípica, de modo similar a la de la ligazón-madre en lo que acontece con el complejo de Edipo negativo... (O con el complejo de Edipo positivo en el niño).

Desde las hipótesis de Freud, incluidas en el trabajo que nos ocupa, el amor de la niña por la madre se nos presenta en cambio como propia y puramente emanado de *la ligazón-madre*

²² He tenido algunas pacientes que en su relación con los hombres *solo querían tener un hijo*, importándoles en el terreno amoroso poco o nada dicha relación. Recuerdo incluso que una de ellas hablaba de "arrancarle un hijo" a su pareja de turno. Conseguido ese propósito, ya podía abandonarlo sin el menor pesar.

²³ Paralelamente Freud sostendrá que la única relación *no ambivalente* que existe es la de la madre con su hijo varón (Freud, 1933 [1932], p 124) afirmación esta con la que no coincido, dicho sea de paso, porque la

observación demuestra que ni esta relación ni ninguna otra escapa a la ambivalencia afectiva. Este amor maternal, desde luego, se explicaría por consistir una vez más en un amor narcisista, en directa relación con lo que venimos describiendo: el niño/a como equivalente del pene (Freud, 1917 a). Otro referente obligado lo encontramos también en *Introducción del narcisismo*, cuando Freud alude al bebé como *his Majesty the Baby*, en el que es proyectado el narcisismo de los padres (Freud, 1916, p 88).



preedípica, resultando en consecuencia un amor “libre de toda sospecha”, por así decir, mientras que el de la niña por el padre -siguiendo siempre lo que describe Freud- nos lleva a pensar que puede ser heredero del amor primitivo por la madre primero y del anhelo narcisista de poseer el hijo-pene después.

La mujer como ser social

Recapitulemos: la sexualidad normal en la mujer, nos dice Freud, advendría a partir de poder tomar esta al padre como objeto (variante positiva del complejo de Edipo), lo que para nuestro autor presupone como condición el necesario y ya mencionado apartamiento de la niña respecto de su madre, que, repito, es atribuido principalmente y con carácter universal a la hostilidad de la niña hacia la madre por no haberla provisto de un pene. (Complejo de castración). Escribe Freud en 1931:

“Por lo tanto, el complejo de Edipo [se refiere aquí al positivo] es en la mujer el resultado final de un desarrollo más prolongado; no es destruido por el influjo de la castración, *sino creado por él.*” (p 232. Lo escrito entre corchetes y las cursivas me pertenecen)²⁴.

Inmediatamente a continuación de esta frase, Freud señala acerca del Edipo en la mujer:

[...] escapa a las intensas referencias hostiles que en el varón producen un efecto destructivo [...]. Por eso son más pequeños y de menor alcance los resultados culturales de su descomposición. Probablemente no se yerre aseverando que esta diferencia en el vínculo recíproco entre complejo de Edipo y complejo de castración imprime su cuño al carácter de la mujer como ser social” (p 232)²⁵.

En nota al pie el creador del psicoanálisis abre el paraguas antes de que llueva: prevé que tanto los hombres feministas como “nuestras

analistas mujeres” (p 232) se opondrán a estas aseveraciones. Y no era para menos, diría yo. Hoy, en el siglo XXI y a más de noventa años de este escrito de Freud, no nos cabe duda acerca de las de sobra demostradas capacidades de la mujer en los distintos campos del quehacer humano (el mundo laboral, las ciencias, las artes, la política, el deporte). De más está decir que el enunciado freudiano en cuestión, que conduce al rebajamiento de la mujer “como ser social”, está lisa y llanamente perimido, como lo evidencia una realidad objetivable e incuestionable.

Convengamos que Freud en su época, en la que, entre otras cosas generalmente la mujer tenía que rebelarse para que le permitieran estudiar, en tanto sus padres y la sociedad le imponían casarse, tener hijos y dedicarse a las tareas hogareñas, ni siquiera podría haber imaginado la realidad femenina actual, a partir de los importantes cambios sociales que se han venido produciendo y que implicaron un avance en los derechos de la mujer (aunque aún haya muchas cosas por resolver y mejorar en este sentido), que en la opresiva cultura patriarcal de aquellos años estaba impedida de desarrollar sus potencialidades y ponerlas de manifiesto ante la sociedad. Lamentablemente y en mi opinión, esto último incidió en las teorías freudianas, manifestándose a través de afirmaciones categóricas y a veces lapidarias acerca de la naturaleza de la mujer y de la feminidad.

Sin embargo, refiriéndose particularmente a la pasividad de la mujer en su función sexual, reconocerá luego, en “La feminidad”, que la sociedad la condena a la pasividad, provocando incluso la asunción de una posición masoquista... Escribe allí:

“[...] debemos cuidarnos de pasar por alto la influencia de las normas sociales, que de igual modo esfuerzan a la mujer hacia situaciones pasivas. Todo esto es todavía muy oscuro.” (p107).

²⁴ Freud ya lo venía diciendo. Véase al respecto Freud, 1925, p 275, donde además reiterará lo ya señalado en varios artículos: que en el varoncito, como bien sabemos, y en lo que respecta a ambos complejos, la secuencia es exactamente al revés de la niña.

²⁵ Freud afirma además que esto incidirá en la génesis y características del superyó femenino, cuestión a la que me referiré más adelante.



Interesante y llamativa observación, por cierto. Pero... ¡vaya!, esto no deja de resultar contradictorio con lo que acabamos de rever, puesto que en este punto el fundador del psicoanálisis advierte la influencia de la sociedad en el destino de la mujer, y además lo hace solo un año más tarde de haber formulado tan contundente enunciado...²⁶

Sabido es que Freud demostró una admirable honestidad y valentía para rever y rectificar varias de sus teorías a lo largo de su vida, acaso con una excepción, que estuvo dada por las correspondientes a la génesis de los sueños, al debatirse entre el deseo y el trauma como generadores de estos (deseaba pasar a la historia como descubridor del enigma de los sueños, quizás una de las razones fundamentales por las que dudaba tanto y era renuente a cambiar de opinión). En cuanto a la serie de hipótesis que esgrimió acerca de la mujer, su sexualidad y la femineidad, de vivir en estos tiempos, con los grandes cambios sociales acaecidos en lo que atañe a los derechos de la mujer y la consiguiente demostración de sus capacidades, más los notables aportes del psicoanálisis moderno sobre estas temáticas (preferentemente a cargo de analistas mujeres) y las observaciones clínicas, surge inevitablemente una pregunta de imposible respuesta: ¿Mantendría igualmente Freud tales hipótesis, o aceptaría una profunda revisión, con el riesgo de que varias de ellas estuvieran condenadas a ser consideradas obsoletas? Quiero pensar que sucedería esto último.

Rectificar es de sabios (Freud lo era), pero el padre del psicoanálisis no alcanzó a vivir “los nuevos tiempos” de las mujeres en Occidente, para así poder arribar a la conclusión de que la sociedad patriarcal que él conoció, con sus prohibiciones y sus mandatos, que las oprimieron injusta y tiránicamente, ejerció sobre ellas una influencia decisiva, condicionando totalmente su performance y en definitiva su destino. (Con ilustres excepciones a la regla, que confirman la regla).

Entre nosotros, Regina Bayo Borrás propone una ampliación del concepto freudiano de series complementarias. Destaca el papel determinante que para la mujer (y también para el hombre, claro está) ejerce “la dimensión social/cultural/familiar”, particularmente en su transmisión inconsciente entre generaciones y que obra intrapsíquicamente; una suerte de serie complementaria “faltante”, al decir de la autora. (Bayo Borrás, 2023).

Alcance de los temores a la pérdida de ser-amado

Si las limitaciones que creía ver Freud en la mujer estaban según él condicionadas por no padecer la niña la amenaza de castración, como en cambio sucede en el caso del varón, conducente en este último al drástico y contundente final del complejo de Edipo (la mujer en cambio lo abandonaría poco a poco o aun no lo haría jamás), cabe asimismo interrogarnos acerca del equivalente de dicha amenaza en la mujer, según el propio inventor del psicoanálisis, que es *la amenaza de pérdida de ser-amado* (Freud, 1924, p186). Desde mi sentido común, porque aún no he podido verificar si Freud lo aclara o no en algún texto, entiendo que con ello pudo haberse referido, en el contexto del drama edípico, en especial a la madre, objeto-rival en el Edipo positivo, a quien la niña, debido a sus deseos incestuosos y matricidas, supondría mortificada y dispuesta a castigarla y así vengarse, privándola de su amor. Esto lo podríamos extender al temor a la pérdida del amor del padre cuando se trata del complejo de Edipo negativo de la niña. La situación desembocará en la pérdida del amor de su superyó, como castigo por sus deseos matricidas o parricidas.

Me pregunto si tales temores a la pérdida de ser-amado no podrían realmente alcanzar también una dimensión considerable, correspondiendo a la amenaza de una dura privación, tal

²⁶ La detección de contradicciones forma también parte de la labor de deconstrucción.



que los acerquen o aun equiparen a la amenaza de castración que sufre el varón²⁷.

El superyó femenino

Íntimamente vinculado con lo que estamos describiendo, cabe mencionar las características que Freud le asignara al superyó femenino, lo que no figura en el trabajo de 1931, pero sí en otros (Freud, 1925; 1933 [1932]). Tal como describe el final del complejo de Edipo en la niña, carente del dramatismo por el que atraviesa el del varón debido a la amenaza de castración que este sufre, al sentirse la niña ya castrada, su superyó resultaría menos implacable, al no tener que frenar -reprimir- tan drásticamente sus deseos incestuosos y agresivos, por lo que la mujer tendría, continúa diciendo Freud, “un sentimiento de justicia menos acendrado que el varón” (Freud, 1925, p 276. Véase también Freud, 1933 [1932], p120), no podría lograr grandes rendimientos y tendría una menor tendencia a la competencia y a la creatividad.

A renglón seguido, en su artículo de 1925, nuestro autor la emprende nuevamente contra las feministas, ante sus previsibles discrepancias (Freud, 1925, p276). Concibe en suma al superyó de la mujer como “laxo”, débil y nada severo. Una vez más, la clínica desmiente esta última afirmación, por cuanto comprobamos que el superyó femenino puede ser tan severo y cruel como el masculino. Baste con recordar su extremo sadismo en las mujeres aquejadas de melancolía. Sucede que, en mi opinión, Freud hizo depender excesivamente la creación del superyó de la resolución del complejo de Edipo en

hombres y mujeres (el superyó tardío y como heredero del complejo de Edipo), y por ende su grado de severidad y de crueldad. Otros autores, como Klein o Ferenczi, preconizaron en cambio la existencia de un superyó temprano, el que se iría configurando gradualmente, y que como tal podría, en el terreno de la psicopatología, ser tan sádico y tanático en las mujeres como llega a serlo en los hombres. (El superyó más primitivo, preedípico, que opera como consecuencia de una fijación a una fase pregenital o por regresión a esta, será siempre más sádico que el edípico, teniendo un mayor monto de pulsión de muerte, aún insuficientemente fusionada con las pulsiones libidinales y por lo tanto menos neutralizada por estas).

Las diversas causas de la hostilidad de la niña hacia la madre

A todo esto, Freud nos tenía acostumbrados a lo que venimos mencionando hasta aquí: la referencia a la hostilidad que despierta en la niña hacia su madre (antes de la rivalidad generada por el complejo de Edipo positivo) el no haberla dotado de un pene como principal motivo del alejamiento de su progenitora y su ulterior orientación hacia el padre (Freud, 1925, p 273)²⁸. Ahora en cambio, en el artículo en el cual nos estamos centrando (Freud, 1931), nos encontramos con una detallada e inusual descripción de los diversos factores que pueden intervenir para dar lugar a tal hostilidad y al consiguiente *extrañamiento* (traducción de Etcheverry) del objeto-madre por parte de la niña, al que Freud alude, basándose en “la indagación analítica directa”

²⁷ Recientemente Regina Bayo Borrás (2023) ha remarcado la magnitud que alcanza este temor, que resulta difícil de superar en la niña y en consecuencia también en la mujer. Es interesante el hecho de que la autora amplía su incidencia a etapas post-edípicas, la adolescencia y aún más allá de esta y lo vincula, entre otras cosas, muy especialmente con el superyó materno/paterno y la transmisión transgeneracional de lo que acertadamente denomina el *patriarcado inconsciente*, con valores y mandatos que, de no ser respetados, darán lugar a amenazas y reproches y, diría yo, al sentimiento de no ser amada por su superyó.

²⁸ Pero, además, por ese mismo motivo, ¿no podría la niña enfadarse asimismo con su padre? Conozco al menos un autor que sostenía esta postura y es nada menos que Karl Abraham. De ser así ello traería consigo la posibilidad de que la niña se apartase de su progenitor, lo que entraría en contradicción con el relato freudiano, afectando la secuencia del desarrollo sexual femenino que Freud propone, la que requiere que la niña se acerque al padre para poder explicar el advenimiento del complejo de Edipo positivo.



(Freud, 1931, p 233). La serie incluye entre otros: los *celos* hacia otras personas, el *desengaño* causado por la falta de una satisfacción sexual plena, el *rencor* por la prohibición de masturbarse, al tiempo que por incitarla a hacerlo (seducción, a la que antes hemos hecho referencia), la *desvalorización* de la madre por carecer de pene, el *reproche* por haber sido destetada, etcétera²⁹.

Es cierto que Freud llegará a admitir, aunque lo haga particularmente solo con “la impresión de la castración y la prohibición del onanismo” en la niña, pero que bien podríamos extenderlo al total de los factores citados, que:

“En realidad, apenas es posible una exposición universalmente válida. En diversos individuos hallamos las más diferentes reacciones y en un mismo individuo coexisten actitudes contrapuestas” (p 235).

Ante un panorama tan complejo, concluirá expresando:

“Quizá lo más correcto sea decir que la ligazón-madre tiene que irse a pique {al fundamento} justamente porque es la primera y es intensísima [...] la actitud {postura} de amor naufragaría a raíz de los inevitables desengaños y de la acumulación de las ocasiones para la agresión.” (p236).

Esta reflexión me resulta de hecho más satisfactoria y convincente que cuando Freud restringe la explicación del alejamiento del objeto-madre en la niña a la hostilidad despertada en esta porque aquella no le ha proporcionado un pene, resaltando este factor, en desmedro de las otras varias causas.

De inmediato Freud habrá de añadir el papel que jugaría la inevitable ambivalencia afectiva de la niña con su madre, la que, junto a los distintos factores mencionados, conduciría también a su hostil alejamiento de esta.

Y poco después, al aludir brevemente a la fase preedípica del varón, reconocerá:

“Probablemente lo más cauto sea confesar que uno todavía no penetra bien estos procesos,

de los que se acaba de tomar conocimiento” (p237).

Lo dicho se puede sin duda alguna extender a la fase preedípica de la niña.

Convengamos que esta modesta confesión de Freud (la que a menudo parece estar destinada a ser *desmentida* por sus lectores) difiere ostensiblemente de la postura que el fundador del psicoanálisis asume cada vez que enuncia su categórica afirmación – la cual reaparece una y otra vez en este mismo artículo suyo- de que la hostilidad de la niña hacia la madre responde esencialmente a que no la ha dotado de un pene. ¿Contradicciones flagrantes de un genio? Así parece. Ante esta situación no son pocos los analistas que se han inclinado por suscribir durante décadas la rotunda aseveración freudiana en cuestión, aferrándose a un enunciado categórico sin hesitarse y asumiéndolo a rajatabla. ¿Habrán incurrido entonces ellos en ser más papistas que el Papa?

Introgencia psicoanalítica

Se olvida así la incidencia de los demás factores, cayéndose en una fórmula que resulta reduccionista y esquemática. De suceder algo así, ello se reflejará inexorablemente en el campo de la clínica psicoanalítica en nuestra comprensión -o incomprensión- de la problemática de nuestras pacientes y, en definitiva, en toda nuestra labor terapéutica, intervenciones verbales incluidas. Muchos de nosotros, en nuestros años juveniles (sobre todo los analistas varones) habíamos adoptado, en mayor o menor grado, tales postulados freudianos para llevar a cabo el análisis de nuestras pacientes. En el mejor de los casos, no las habríamos comprendido bien; pero las derivaciones de esta conducta, lamentablemente, pudieron ir mucho más lejos: cuando *ellas* no se rebelaron ante nuestras interpretaciones, sometiéndose en cambio a las mismas, estas pudieron tener efectos sugestivos nocivos, entre los que podrían contarse: sentimientos de culpabilidad por la supuesta envidia fálica y modalidad

²⁹ Freud ya había abordado la última cuestión aquí citada en “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica” (Freud, 1915).



narcisista de amar, en la que tendrían “intereses creados”; sensación de que, en efecto, serían seres fallidos e incompletos, a quienes les falta algo; incremento de los sentimientos de inferioridad, etc. En fin, seamos sinceros: se trataría de iatrogenia psicoanalítica en toda regla... Duele reconocerlo.

El nacimiento de un hermano(a)

Pero volvamos a la narrativa freudiana en el punto donde la habíamos dejado.

Prefiero pensar que, desde la singularidad constitucional y experiencial de cada sujeto, será una u otra de las diversas causas antes enunciadas la que más alimente los sentimientos hostiles de la niña, los que finalmente conducirán a su alejamiento de la figura materna y su ulterior acercamiento al padre. Me remito una vez más al concepto freudiano de las series complementarias, considerando que de ello dependerá en cada caso cuál de esas causas habrá de adquirir un mayor relieve; y que no siempre lo sería aquello vinculado al complejo de castración.

Ahora bien, tras una lectura atenta de este trabajo de Freud de 1931, ello podría traer como lógica y previsible consecuencia que se llegue a relativizar el papel preponderante que el creador del psicoanálisis le había venido adjudicando invariablemente hasta este momento a “la castración” femenina en cuanto al alejamiento de la niña respecto de la madre, y considere en cambio otros motivos, acaso relevantes.

Al año siguiente Freud retomará el tema del alejamiento hostil de la niña respecto de su madre³⁰. Reconoce también allí nuevamente la existencia de “una larga lista de acusaciones y cargos contra la madre” por parte de la niña. Entre otras cosas, especifica en ese trabajo que el reproche del niño a la madre por haberle dado poca leche encierra el de una “falta de amor” (Freud, 1933 [1932], p113), extendiéndose también en la

descripción de los desengaños por los deseos sexuales insatisfechos. Y comenta además:

“[...] queda a nuestro cargo hallar las fuentes reales de la hostilidad” (Freud, 1933 [1932], p113).

De la mencionada lista de motivos me interesa detenerme para reflexionar en torno a uno de ellos: los celos de la niña hacia otras personas y, en particular, hacia un hermanito/a.³¹ ¿Por qué? Porque en muchos de estos casos los efectos en cuanto a la hostilidad y resentimiento – a veces de por vida- hacia la madre suelen ser muy intensos, extendiéndose a veces al padre. Por consiguiente, es este un factor que en mi opinión puede llegar a jugar un papel decisivo en el desasimiento de la madre por parte de la niña.

Pero, claro está, no todos los humanos pasan por la experiencia de tener un hermanito/a.

Bien sabemos que el nacimiento de un hermanito/a³², por ejemplo, lleva a que la niña se sienta destronada, marginada y abandonada³³. El impacto traumático de tener que compartir de allí en más el cariño materno es a menudo considerable. A veces hasta hay que lamentar desgracias respecto del recién nacido, debido a la agresividad que se desata en la niña. Esta, y en especial si es la primogénita, sentirá que deja de ser, como decía Freud (1916), *his majesty the baby*. Suele entonces instalarse tempranamente una situación triangular conflictiva, que ha sido destacada por Laplanche (1970) en su comentario del artículo de Freud sobre el fantasma de *Pegan a un niño*, en *Vida y muerte en psicoanálisis* (1970, p138), constituida por 1) la niña, 2) la madre o el padre ... y 3) un hermanito/a, vale decir un triángulo de rivalidad fraterna (“complejo fraternal”), que entiendo puede o no coincidir con la aparición del triángulo edípico (niño/a -madre- padre).

A todo esto se suelen sumar la frustración y el disgusto de que no sea ella- la niña- la que en

³⁰ Véase también Freud, 1940 [1938], p193).

³¹ Ya citado por Freud anteriormente (Véase Freud, 1925, p 273).

³² Lacan empleó el apelativo de *el intruso*. Por añadidura, llamó *complejo del intruso* o *de intrusión* al complejo fraterno así configurado. (Lacan, 1938).

³³ Lo que describo de aquí en más acerca del nacimiento de un hermanito es igualmente válido para el varoncito.



tales circunstancias le haya dado un hijo a la madre y que en cambio esta lo haya tenido con el padre.

El trauma generado por el nacimiento de un hermanito/a suele además dar lugar a regresiones, cuya manifestación más común es la enuresis, así como a cambios ostensibles y eventualmente perdurables en los rasgos caracteriales que la niña comenzaba a exteriorizar, pasando, por ejemplo, de mostrarse alegre, cariñosa o extrovertida a tristonera, huraña, gruñona o introvertida. (Lo que además suele traducirse en hostilidad hacia la madre, que aflora provocando el enfado de esta al hacerla renegar)³⁴. Tales cambios en los rasgos pueden permanecer aun en la adultez y forjar para siempre el carácter, como huella ineluctable del suceso. Pero -cuándo no-, ha sido el propio Freud quien ya en 1917 había publicado un artículo consagrado netamente al tema: “Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*”. Suministra allí además elocuentes ejemplos de casos clínicos en los que destaca la importancia de estos acontecimientos traumáticos, sus probados efectos sobre el niño/a y en particular sobre la relación con su madre, que se ve seriamente perturbada. Nos dice Freud, en esta ocasión con relación a un paciente varón:

“Se trataba de un hombre de veintiséis años, talentoso y de elevada cultura, ocupado en el presente por *un conflicto con su madre*. [...] Ese conflicto se remontaba hasta muy atrás en la infancia: puede decirse que hasta su cuarto año de vida. Antes de entonces había sido un niño muy débil, de salud siempre quebrantada, a pesar de lo cual sus recuerdos habían glorificado esa mala época como un paraíso, pues entonces poseía irrestricta, y no compartida con ningún otro, la ternura de su madre. Cuando aún no había cumplido los cuatro años, le nació un hermano -vive aún-; como reacción frente a ese fastidio se convirtió en un niño testarudo, rebelde, que de continuo *provocaba la severidad de la madre*. Y nunca más se encaminó por la recta senda.” “[...] *los celos* hacia ese hermano nacido después, que en su momento habían llegado a exteriorizarse en *un atentado contra el lactante en su cuna*, estaban olvidados desde hacía mucho” (Freud, 1917, p143-44. Las cursivas son mías).

Estos hechos son sumamente frecuentes, tratándose de un trauma psíquico de carácter universal. Otras veces, con los años, alcanza en cambio a ser convenientemente elaborado por su portador.³⁵

Pienso, pues, en la relevancia que para la niña habría de tener lo que en estas situaciones ella experimenta como una pérdida del amor de su progenitora ante la presencia de un tercero,

³⁴ Freud volverá sobre el tema en “La feminidad” (Freud, 1933 [1932], p114).

³⁵ Ni que decir tiene la repercusión del fallecimiento de uno o más hermanos. Tenemos una muestra en lo que le sucedió al propio Freud cuando murió su primer hermanito, Julius, que vivió solo ocho meses, habiendo nacido cuando el pequeño Sigmund tenía diecisiete meses. Al recordar estos acontecimientos, Freud, haciendo gala de una notable memoria, comentó en una carta a Fliess la rabia y los celos que experimentó al nacer Julius, al que vivió como un invasor, un rival cuya muerte habría deseado, así como el alivio que sintió cuando falleció, como consecuencia de una infección intestinal (abril de 1858). También escribe que sintió culpa y remordimientos por sus deseos de muerte (Freud, 1897 a). Este sentimiento de culpabilidad lo padecería durante toda su vida.

Los celos del pequeño Sigmund se desplazarían luego hacia su hermana Anna, que nació poco después (diciembre de 1858), quitándole lo que hasta ese momento era su condición de hijo único y a la que solía maltratar. Ya en la adolescencia llegó a impedir que le comprasen un piano.

La serie de casos de este tipo es extensa e incluye personajes célebres como Goethe. En el citado trabajo “Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*” el fundador del psicoanálisis describe una situación similar a la suya, por la que habría pasado el célebre escritor alemán ante la muerte de cuatro hermanitos, dos varones y dos niñas. (Freud, 1917, p 145-146).

El tema de la muerte del hermanito fue ulteriormente tratado por Lacan, dándole toda la importancia que realmente merece. (Lacan, 1939).



ocasionándole un hondo rencor hacia esta, que acaso alcance a pesarle más que su rencor porque no la haya provisto de un pene³⁶.

Pero... ¿y si tenía razón Lacan?

Llegados a este punto, y pese a todo lo que hemos dedicado al apartamiento hostil de la niña respecto de su madre, es para mí de indiscutible importancia el argumento que Lacan propone en cuanto dicho apartamiento y separación que se debería básicamente a la intervención del padre - u otro objeto en función paterna- como figura interdictora entre la madre y la niña en este caso, configurando esta secuencia el segundo tiempo del Edipo para el maestro parisino. Contemporáneamente en Buenos Aires, Mauricio Abadi, con una perspectiva similar a la de Lacan aunque sumamente personal, decía que de este modo el padre se convertía en el “partero psicológico” del hijo/a (Abadi, 1960).

En definitiva, quiero poner en primer plano *esta función paterna interdictora, por cuanto me parece el principal factor a tener en cuenta para que se produzca la necesaria separación madre-niño/a*³⁷.

Es sabido que son muchas las niñas que desean permanecer adheridas a la figura materna, en las que la hostilidad hacia esta, generada por los diversos factores citados por Freud, no es suficiente para provocar su alejamiento de la misma. A la vez, si bien hay madres que abandonan a su cría provocando la llamada patología del desamparo, existen, en el otro extremo, muchas madres retentivas del niño/a. (La madre fálica de la que habla Lacan). Ante una tal conjunción, nada infrecuente, hemos de decir- mientras no permanezcamos sujetos a la letra del relato

freudiano- que no sería tanto aquello de que la niña *se aparta* de la madre sino que *la apartan*, que no es lo mismo. (Otro tanto podríamos decir de la madre que, ante la interdicción, deberá también despegarse, de su hija, “soltarla” diríamos, aceptando que no es de su propiedad, que no es una parte de sí misma; que, siguiendo a Lacan, la niña no es el Fallo, ni la madre su poseedora). Es cierto que una cosa no quita la otra y que cabe pensar en la confluencia de las dos posibilidades: la apartan y/o se apartan, en los casos en los que no perdura una unión fusional madre-niña, con sus consecuentes manifestaciones patológicas.

Freud insistió siempre en la hostilidad y alejamiento de la niña hacia la madre por no haberla dotado de un pene

Pese a todo lo hasta aquí descrito y finalmente, Freud se mantuvo en sus trece, reiterando su irrevocable posición, que venía exponiendo en artículos anteriores (Freud, 1916 a; 1925, p273) y que sostuvo a todo lo largo de su vida. Así habrá de aseverar:

“Como quiera que fuese, al final de esta primera fase de la ligazón-madre emerge como *el más intenso motivo de extrañamiento de la hija respecto de la madre* el reproche de no haberla dotado de un genital correcto, vale decir, de haberla parido mujer.” (Freud, 1931, p 235. Las cursivas son mías).

Un año más tarde, volverá a insistir:

“Si no hallamos algo que sea específico para la niña y no se presente en el varoncito [...] no habremos explicado el desenlace de la ligazón-madre en aquella.

³⁶ No deja de asombrarnos la extraordinaria y hasta misteriosa capacidad de los niños, siendo aún muy pequeños, para detectar precozmente, antes que nadie y de toda prueba fehaciente, el embarazo de la madre, lo que queda demostrado multitud de veces, directa o indirectamente. Entiendo que el llegar a percibir la presencia del “intruso” en esos momentos, es un hecho que nos habla de manera palpable en favor de la enorme repercusión emocional que tal suceso tiene para ellos.

³⁷ Como esta función, además del padre, puede ser realizada por otros objetos, inclusive por la propia madre, Glocer Fiorini (2013; 2019) cuestiona el adjetivo “paterna”, atribuyéndolo a la persistencia de un androcenitismo en la teoría, proponiendo sea llamada “función tercera.”



“Creo que hemos hallado ese factor específico, y por cierto donde esperábamos hallarlo, si bien en forma sorprendente. Donde esperábamos hallarlo, digo, pues reside en el complejo de castración [...] fue una sorpresa enterarse, por los análisis, que la muchacha hace responsable a la madre de su falta de pene y no le perdona ese perjuicio” (Freud, 1933 [1932], p 115).

Según Freud todo el desarrollo de la niña gira en torno de la envidia del pene

En el capítulo VII de *Esquema del psicoanálisis*, cerca del final de su vida, llegará a afirmar acerca de la mujer:

“[...] se puede decir que *todo su desarrollo* se consume bajo el signo de la envidia del pene” (Freud, 1940 [1938], p192. Las cursivas son mías).

Tanto es así que de la envidia del pene hará derivar Freud casi todo lo concerniente al amor en la mujer: a) el amor al hombre, como portador del pene y que le dará un hijo; b) al hijo, como equivalente del pene; c) a la madre (con pene), a la que despreciará y con la que reaccionará con hostilidad al descubrir que carece de pene; d) finalmente, la mujer necesitará más ser amada que amar, para compensar su sentimiento de inferioridad respecto del varón, al carecer de pene.

Como pueden ir deduciendo hasta aquí, me permito tener mis serias dudas de que todo esto sea necesariamente así.

Es tanta la importancia que le adjudica Freud al complejo de castración en la mujer, que, en 1937, con su experiencia de décadas de práctica psicoanalítica, nos pinta un panorama por el cual ella jamás lo podrá superar suficientemente, como lo atestigua en *Análisis terminable e*

interminable (1937, p 253-254. Recuérdese aquello de la “roca de base”).

En 1933 había escrito acerca del deseo de la mujer de poseer un pene:

“[...] el análisis puede demostrar que se ha conservado en lo inconciente” (Freud, 1933 [1932], p 116).

Y antes, en 1925, había afirmado:

“La esperanza de recibir alguna vez, a pesar de todo, un pene, igualándose así al varón, puede conservarse hasta épocas inverosímilmente tardías y convertirse en motivo de extrañas acciones, de otro modo incomprensibles” (Freud, 1925, p 271).

En 1937 habrá de sostener idéntico aserto:

“[...] con insólita frecuencia hallaremos que [en la mujer] el deseo de masculinidad se ha conservado en lo inconciente y despliega desde la represión sus efectos perturbadores” (Freud, 1937, p 252. Lo escrito entre corchetes me pertenece).

Y en 1938:

“Si se demanda al analista que diga, guiándose por su experiencia, qué formaciones psíquicas de sus pacientes se han demostrado menos asequibles al influjo, la respuesta será: En la mujer, el deseo del pene” (Freud, 1940 [1938], p 194).

Al final del camino recorrido en la descripción del desarrollo sexual femenino, el texto freudiano nos deja indefectiblemente la impresión de que se llega a una resolución de naturaleza patológica, dado que de este modo la mujer nunca habría solucionado satisfactoriamente un conflicto que corresponde a una fase de la sexualidad infantil, la fálica, lo cual trae como consecuencia que nunca haya podido desterrar su envidia del pene.³⁸ Teóricamente, y siguiendo las

³⁸ Entretanto, muchos soslayan la envidia del embarazo en los hombres, de la que el síndrome de *couvade* sigue siendo su más elocuente muestra. A propósito de esta cuestión, me viene a la mente una interesante experiencia clínica, en la que asistí a lo que podría considerarse un auténtico síndrome de *couvade*. Hace ya muchos años, en Buenos Aires traté analíticamente a un varón joven, con cuya esposa esperaba el que sería el primer hijo para ambos. Al entrar esta en trabajo de parto, mi paciente comenzó a sufrir un cólico renal -era la primera

vez que pasaba por este padecimiento- sumamente doloroso. A todo esto, muchos han comparado el intenso dolor que acompaña al cólico renal con los dolores del parto. Como suele ocurrir en estos casos, el hombre tuvo que ser asistido, al igual y -en esta ocasión- a la vez que la parturienta. Y, créase o no, mientras su mujer daba a luz, él expulsó (como si pariera) un *pequeño* cálculo, causante del cólico. A todo esto, parece significativo además que la localización del cólico fuera urinaria, esto es, no se tratase de un cólico intestinal o biliar. La uretra



postulaciones del propio Freud, esto no puede significar otra cosa que una inexorable e intensa fijación universal de la mujer a la fase fálica, quedando gobernada, de manera permanente, por la oposición genital masculino-castrada (Freud, 1923 a, p 149). Como resultado final de lo que para él sería un desarrollo con visos de normalidad, el fundador del psicoanálisis sentencia acerca de la mujer en “El sepultamiento del complejo de Edipo”:

“Ambos deseos, el de poseer un pene y el de recibir un hijo, *permanecen en lo inconciente, donde se conservan con fuerte investidura* y contribuyen a preparar al ser femenino para su posterior papel sexual.” (Freud, 1924, p 186. Las cursivas son mías).

Tener un hijo

Esto nos interpela en cuanto a si el deseo y objetivo fundamental de la mujer habrá de ser siempre el de convertirse en madre. Hoy, desde luego, somos muchos los que pensamos que las cosas no tienen porqué ser necesariamente así. La influencia de la cultura de cada lugar y en cada época ha sido y sigue siendo decisiva. Actualmente vamos comprobando que la visión de este asunto tiende paulatinamente a ser más amplia y flexible por parte de la sociedad moderna, en el sentido de ir admitiendo que una mujer puede sentirse razonablemente feliz y lograda por variados motivos y sin haber tenido hijos...

peneana, último conducto por el que atravesó el cuerpo (cálculo) que mi paciente expulsó, corresponde por definición al pene, el que pertenece tanto al aparato urinario como al genital. Pues bien, ello equipara aún más lo experimentado por mi paciente con el parto de su mujer, estando la vagina comprendida en lo que se conoce como el “canal del parto”. De acuerdo al análisis de mi paciente detecté en él una profunda envidia del embarazo de su esposa, que no era reconocida conscientemente. Se trataba de un carácter maniaco, con fantasías omnipotentes y de bisexualidad que lo quería -inconscientemente- todo: poder ser hombre y mujer a la vez y poder hacerlo todo. Es necesario aclararlo, dado que en algunos casos hay quienes atribuyen el síndrome de *couvade* a una fuerte empatía del hombre con la mujer embarazada.

³⁹ Nasio (2010), de manera similar, aventura también

Sin embargo, una vez más y para nuestra sorpresa, desconcierto y perplejidad, leemos pocos renglones más debajo de la última de las frases de Freud que acabamos de transcribir, que este, contradictoriamente y ahora para nada terminante, reconocía:

“Pero en conjunto es preciso confesar que nuestras intelecciones de estos procesos de desarrollo que se cumplen en la niña son insatisfactorias, lagunosas y vagas.” (Freud, 1924, p186).

La superación de la fase fálica

Por mi parte prefiero optar por concebir la posibilidad de que, dentro de lo que sería un desarrollo normal, la mujer llegue a superar los conflictos propios de fase fálica, al tiempo que alcance saludablemente la etapa genital puberal y disponga de buena salud mental, tanto en el plano de lo sexual como en el caracterial, sin tener que arrastrar invariablemente un lastre de semejante calibre a lo largo de toda su vida como el que le adjudica Freud, capaz de acarrearle efectos patológicos, más allá de las resistencias que, según este, podría ofrecer a la labor analítica³⁹.

Síntesis de los interrogantes, observaciones, cuestionamientos y nuevas propuestas

- ¿El padre puede o no ser objeto de un intenso amor de la niña *per se*? ¿Por qué una intensa ligazón -padre tiene

una posibilidad más optimista, si bien la presenta como un “desenlace ideal”: concibe que la mujer, en una evolución normal, irá superando gradualmente su pretensión infantil de poseer el pene-Falo, anhelo anacrónico al que podrá renunciar de forma definitiva, para acabar deseando realmente el pene del hombre y llegar a obtener un verdadero placer sexual con el mismo, asumiendo concomitantemente su condición sexual, con valoración de su vagina y ulteriormente del útero, en el que podrá albergar un hijo.

Entiendo que estas alternativas ya estaban en parte incluidas en un trabajo de Jones de 1932 (Jones, 1932, p 649).



necesariamente que ser “heredera de una igualmente intensa ligazón-madre?”

- ¿Sería posible concebir que la ligazón-padre en la niña sea por sí misma capaz de generar a veces la conflictiva edípica, de modo similar a la de la ligazón-madre en lo que acontece con el complejo de Edipo negativo, es decir, que pueda surgir un amor espontáneo al padre e independiente de la idea del desasimiento de la madre con hostilidad por no haberla dotado de un pene?⁴⁰. La niña se acercaría entonces al padre sin que para ello sea determinante el deseo de tener un hijo con él que sustituya al pene faltante.
- Llamo la atención acerca de que en la niña con frecuencia el complejo de Edipo negativo pueda anteceder al positivo, lo que ha sido descrito por el propio Freud (y antes que este por Jeanne Lampl-de Groot), aunque esto no suele ser tenido mayormente en cuenta, siendo eclipsado por el precepto de que “la niña entra en el complejo de Edipo por su complejo de castración”, enunciado que solo contempla la versión positiva de este.
- ¿La niña pequeña podrá siempre percibir su clítoris, diferenciándolo en sus sensaciones de los otros componentes de su aparato genital? Al igual que aconteció en los años '20 del pasado siglo con los analistas de la escuela inglesa, también yo dudó mucho del presunto protagonismo del clítoris como sustituto del pene en la niña y me inclino además por pensar, como ellos, en la existencia de sensaciones vaginales en la niña.
- La doctrina freudiana es cuestionable por falocéntrica. La envidia/ anhelo del pene (el complejo de castración) se convierte para el creador del psicoanálisis en el eje principal e irreductible en torno al cual pivotea *toda la sexualidad femenina*, otorgándole a ello un carácter universal. Entre otras cuestiones, ello incidirá en

los criterios que adoptemos para comprender *la caracterología y la identidad femenina* en general. No adhiero a estas ideas de Freud, a mi entender aun reforzadas por los aportes lacanianos en torno al concepto de Falo. (Analistas feministas han criticado a Lacan por haber desviado la teoría freudiana hacia la primacía del Falo).

- No dudo de la existencia de una fase fálica en la niña (negada por Jones), pero a la vez entiendo que es absolutamente viable que sea superada, al igual que otras fases del desarrollo psicosexual y no tenga por qué regir inexorable y persistentemente el funcionamiento psíquico y en particular la vida sexual de la mujer.
- Deduzco que una lectura atenta y posible de la obra freudiana sugeriría que el complejo de Edipo en el caso de la niña no sería realmente el “complejo nuclear de las neurosis”, siéndolo en cambio, y siguiendo estrictamente lo que dice Freud, el complejo de castración. El complejo de Edipo sería secundario al complejo de castración, no solo secuencialmente sino en orden de importancia, posibilidad esta con la que yo no estaría de acuerdo.
- El relato freudiano concluye describiendo a la mujer como dominada por una situación de naturaleza narcisista vinculada con su complejo de castración (envidia del pene), lo que la llevaría a una ligazón-padre y en el futuro a otros hombres, impregnada por la búsqueda del hijo-pene. De este modo el hombre constituiría más que nada el apéndice del pene y no sería posible garantizar la capacidad de la mujer para experimentar un amor genuino por el varón *per se*.
- Según Freud la mujer “necesita más ser amada que amar”, para compensar su sentimiento de inferioridad por carecer de pene; además de amar con predominio narcisista al hombre como apéndice

⁴⁰ O aun otras causas que motiven su apartamiento.



del pene, amaría también narcisísticamente al hijo como sustituto del pene. Se corre el riesgo de caer en el menosprecio y rebajamiento de la mujer, al poner en tela de juicio su capacidad amorosa en cuanto al padre, los hijos y los hombres.

- Si las limitaciones que creía ver Freud en la mujer estaban condicionadas por no padecer la niña la amenaza de castración, como sucede en el caso del varón (que conduce en este último al drástico y contundente final del complejo de Edipo), me pregunto si sería posible que los temores equivalentes en la niña (a “la pérdida de ser-amado”) puedan alcanzar también una dimensión considerable, correspondiendo a la amenaza de una dura privación, tal que los acerquen o aun equiparen a la amenaza de castración que sufre el varón.
- La observación clínica demuestra que el superyó femenino puede ser tan severo y hasta cruel como el masculino. Considero que Freud ha hecho depender demasiado la formación del superyó del desenlace del complejo de Edipo (el superyó tardío y como heredero del complejo de Edipo), por lo que acabó considerando que el superyó de la mujer resulta ser más “laxo” y menos implacable que el del hombre.
- Entre las fuentes de hostilidad en la niña que llevan a su alejamiento de la madre, destaco los celos hacia otras personas y, en particular, hacia un hermanito/a. Pienso en la relevancia que para la niña tiene lo que ella siente como una pérdida

del amor de su progenitora ante la presencia de un tercero, que acaso llegue en más de una ocasión a pesar más que su rencor porque aquélla no la ha provisto de un pene.

En suma, de acuerdo con la concepción freudiana acerca de la mujer, esta queda situada en una posición decididamente inferior a la del hombre en varios aspectos. Deducimos que algunas de las características que le confiere Freud son:

1) En su naturaleza íntima, la mujer sería un ser básicamente *egoísta*, limitada para el amor (acaso con excepción de su amor a la madre);

2) También sería *envidiosa*. Se pasaría toda la vida *envidiando* el pene y por extensión al hombre, queriendo inconscientemente *ser un varón* y *sintiéndose inferior* a este⁴¹, al supuestamente verse a sí misma como “un hombre fallido”;

3) En estrecha dependencia con las características que asume el naufragio del complejo de Edipo en la mujer y la conformación y consolidación de su superyó, Freud la considera *menos escrupulosa* que el hombre, en tanto supuestamente portadora de un superyó más laxo y menos exigente;

4) También la concibe *menos capaz de realizaciones* de carácter sublimatorio y por ende poco dotada para rendimientos laborales e intelectuales de valía, es decir grandes realizaciones científicas, culturales, artísticas o deportivas, quedando de esta manera relegada a trabajos menores, incluidos los domésticos⁴². Vale decir que, desde este punto de vista, deducimos que para Freud la mujer *sería inferior al varón...* (No es que solo *se sintiera inferior*, sino que *realmente lo sería*⁴³). Todo esto con el tiempo quedaría

⁴¹ De allí que en el patriarcado se aludiera a la mujer como “el sexo débil”, como con acierto señala L. Glocer Fiorini (2019).

⁴² Sin duda la figura de Lou Andreas-Salomé, cuya inteligencia, belleza y libertad deslumbraron a Freud (Roudinesco, 2014, p 338), habría sido acaso la mayor excepción a la regla para el fundador del psicoanálisis. Pero, en su opinión, las capacidades sublimatorias en una mujer respondían ...a su parte masculina.

⁴³ Sin embargo, Roudinesco (2014, p 329) sostiene que Freud “[...] censuraba la misoginia de algunos de sus discípulos vieneses y de los médicos de su medio, que consideraban a la mujer como un ser fisiológicamente inferior al hombre.” Pero poco antes la historiadora francesa había escrito también que las posiciones de Freud eran de una extrema complejidad y que “[...] se contradecía y estaba todo el tiempo en guerra consigo mismo”. (*Op. cit.*, p 327).



rotundamente desmentido y de manera progresiva al producirse diversos cambios sociales y legislativos en distintos países, los que permitieron poner de relieve las capacidades de las mujeres, por cierto que no menores que las de los hombres.

5) La concepción freudiana parece apuntar a que, además de ser heterosexual, el deseo-objetivo principal en la vida de la mujer debería invariablemente ser el de tener un hijo (en tanto sustituto del pene), para así no solo asegurar la continuidad de la especie humana sino también al constituir la mejor opción para remediar su perenne envidia del pene. De ser así quedaría condenada a que su realización personal pasara indefectiblemente por traer hijos al mundo (también por efecto de un mandato superyoico, a su vez ligado a las normas sociales y familiares), lo cual hoy en día es difícilmente sostenible, más allá de la trascendencia que indudablemente posee la maternidad⁴⁴. Hoy no son pocas las mujeres que no experimentan el deseo de hijo y/o que sienten y demuestran que en la vida están para algo más que para tener hijos. Pero a tales fines habrán de superar un mandato cultural, aún vigente en buena medida.

Lo mencionado en 4) y 5) coincidía plenamente con la visión que se tenía de la mujer en la sociedad patriarcal y androcéntrica en la que Freud pergeñó sus controvertidas hipótesis, visión que se quería mantener, tendiente a preservar por siempre y reforzar el poder y la supremacía del hombre, con la mujer conminada a ser solamente madre y ama de casa (salvo excepciones) y manteniéndose subordinada al poder del hombre.

Si bien el patriarcado no desaparece, sino que se transforma, es no obstante combatido cada vez más⁴⁵. Ciertamente, la imagen que en Occidente se tiene en la actualidad de la mujer ha

cambiado mucho, a tal punto que lo afirmado en 4) y 5) ha quedado obsoleto.

6) Por último, siempre desde una visión estrictamente freudiana, la mujer estaría condenada a ser psíquicamente *enferma* (sin esperanzas de superar a través de la labor analítica su “roca de base”). Al menos esa parece ser la versión de Freud, que describe a la mujer desde un modelo patológico. En efecto, esta registraría, psicopatológicamente hablando, de modo invariable e inexorable, una fijación a la etapa fálica, la cual se traduciría en no haber resuelto suficientemente su complejo de castración y a menudo además, en arrastrar su complejo de Edipo sin llegar tampoco a experimentar una resolución más definida del mismo, como en cambio cabría esperar en el caso del hombre.

En definitiva, entiendo que buena parte de lo que propusiera Freud sobre la sexualidad femenina resulta hoy en día inadmisibles. Considero que a estas alturas es necesario que los psicoanalistas asumamos todo esto con menos ambigüedades, esto es, desde una posición más clara y decidida.

Para finalizar

Los psicoanalistas tenemos que repensar el relato heredado, para no repetirlo al pie de la letra, como si de un lema irrefutable se tratara.

Estoy persuadido de que solo conmoviendo periódicamente los corolarios supremos de nuestra disciplina podremos aspirar a que el psicoanálisis siga vivo.

Abogo, pues, por un *psicoanálisis deconstructivo*.

En lo que atañe a la sexualidad femenina, la revolución feminista de estos años y los importantes cambios sociales promovidos, han influido notoriamente en la *construcción de un*

⁴⁴ Glocer Fiorini (2019) defiende el deseo de hijo como *producción*, más allá de la teoría freudiana del hijo como pene.

⁴⁵ Glocer Fiorini (2019) nos habla de un *neo-patriarcado*. Pero además considero que muchos hombres y

mujeres estamos aún lejos de haber desalojado suficientemente de nuestro mundo interno los antiguos valores y mandatos patriarcales que reinaron durante los siglos XIX y XX, y que inciden en nuestros sentimientos, juicios y actos. Cabría entonces hablar también de un *patriarcado inconsciente*, al que citan Regina Bayo Borrás (2023) y Joana Hernández (2023).



psicoanálisis postpatriarcal, que en mi opinión para nada nos impide seguir valorizando el resto de la inmensa obra que nos legó Sigmund Freud,

que ha sido y sigue siendo, pese a todo, mi principal referente teórico.



Referencias

- Abadi, M. (1960), *Renacimiento de Edipo*, Nova, Buenos Aires, 1960.
- Abraham, K (1920), “Manifestaciones del complejo de castración femenino”. En K. Abraham, *Psicoanálisis clínico*, Hormé, Buenos Aires, 1994.
- Bayo Borrás, Regina (2023), “Más allá del temor a la pérdida de amor”. XI Jornadas de Intercambio en Psicoanálisis: *La singularidad femenina. Cuerpo, deseo e identidad*, Gradiva, 21 y 22 de abril 2023, Barcelona.
- Beauvoir, S. de (1949), *El segundo sexo*, Edic. Cátedra, Madrid, 2017.
- Blanton, S. (1974), *Diario de mi análisis con Freud*, Corregidor, Buenos Aires, 1974.
- Braier, E. (2021). “Sin desilusión no hay disolución (del complejo de Edipo)”. En *El laberinto edípico: madres, padres e hijos en el S. XXI*. (Autores varios). Publicado por Gradiva, Barcelona, 2021. Trabajo presentado en las X Jornadas de Intercambio en Psicoanálisis, Gradiva, Barcelona, 15 y 16 de noviembre de 2019.
- Ferenczi, S. (1932), *Diario Clínico*, Editorial Conjetural, Buenos Aires, 1988.
- Freud, S. (1883), cartas escritas durante el año 1883. En *Sigmund Freud. Cartas a la Novia*, Tusquets Editor, Barcelona 1973.
- Freud, S. (1905 [1901]), “Fragmento de análisis de un caso de histeria”, *O.C.*, A.E., VII, Buenos Aires.
- Freud, S. (1905), *Tres ensayos de teoría sexual*, *O.C.*, A.E., VII, Buenos Aires.
- Freud, S. (1908). “Sobre las teorías sexuales infantiles”, *O.C.*, A.E., IX, Buenos Aires.
- Freud, S. (1909), “Análisis de la fobia de un niño de cinco años”, *O.C.*, A.E., X, Buenos Aires.
- Freud, S. (1915), “Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica”, *O.C.*, A.E., XIV, Buenos Aires.
- Freud, S. (1916), *Introducción del narcisismo*, *O.C.*, A.E., XIV, Buenos Aires.
- Freud, S. (1916 a), “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico”, *O.C.*, A.E., XIV, Buenos Aires.
- Freud, S. (1917), “Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*”, *O.C.*, A.E., XIV, Buenos Aires.
- Freud, S. (1917 a), “Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal”, *O.C.*, A.E., XVII, Buenos Aires.
- Freud, S. (1918 [1914]), «De la historia de una neurosis infantil (el “Hombre de los Lobos”) », *O.C.*, A.E., XVII, Buenos Aires.
- Freud, S. (1920), “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina”, *O.C.*, A.E., XVIII, Buenos Aires.
- Freud, S. (1920 a), *Más allá del principio de placer*, *O.C.*, A.E., XVIII, Buenos Aires.
- Freud, S. (1923), *El yo y el ello*, *O.C.*, A.E., XIX, Buenos Aires.
- Freud, S. (1923 a), “La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)”, *O.C.*, A.E., XIX, Buenos Aires.
- Freud, S. (1924), “El sepultamiento del complejo de Edipo”, *O.C.*, A.E., XIX, Buenos Aires.
- Freud, S. (1925), “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”, *O.C.*, A.E., XIX, Buenos Aires.
- Freud, S. (1926), “¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis? Diálogos con un juez imparcial”, *O.C.*, A.E., XX, Buenos Aires.
- Freud, S. (1931), “Sobre la sexualidad femenina”, *O.C.*, A.E., XXI, Buenos Aires.
- Freud, S. (1933 [1932]), “La feminidad”. En *Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis*, *O.C.*, A.E., XXII, Buenos Aires.
- Freud, S. (1937), *Análisis terminable e interminable*, *O.C.*, A.E., XXIII, Buenos Aires.
- Freud, S. (1940 [1938]), “Una muestra de trabajo psicoanalítico.” En *Esquema del Psicoanálisis*, *O.C.*, A.E., XXIII, Buenos Aires.
- Freud, S. (1941 [1938]), “Conclusiones, ideas, problemas”, *O.C.*, A.E., XXIII, Buenos Aires.
- Freud, S. (1950 [1897]), Carta a Fliess nº 75, *Fragmentos de la correspondencia con Fliess* (1950 [1892-99]), *O.C.*, A. E., I, Buenos Aires.



- Freud, S. (1950 [1897 a]), Carta a Fliess n° 141, *Fragmentos de la correspondencia con Fliess* (1950 [1892-99], O.C., A. E., I, Buenos Aires.
- Glocer Fiorini, L. (2013), “Deconstruyendo el concepto de función paterna. Un paradigma interpelado”, *Revista de Psicoanálisis* de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), 70 (4), Buenos Aires, 2013.
- Glocer Fiorini, L. (2019), «Hacia una deconstrucción de “lo femenino”: discursos, lógicas y poder. Implicancias teórico-clínicas», *Rev. de Psicoanálisis* de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM), 34 (87), Madrid, 2019.
- Hernández, J. (2023), “Maternidad, sublimación y poder”, XI Jornadas de Intercambio en psicoanálisis. “*La singularidad femenina. Cuerpo, deseo e identidad*”, organizadas por Gradiva, 22 y 23 de abril de 2023, Barcelona.
- Horney, K. (1926), “*Flucht aus der Weiblichkeit*”, *Int. Z. Psychoanal*, 12.
- Jones, E. (1928), “El desarrollo temprano de la sexualidad femenina”. En Jones y otros, *Psicoanálisis y sexualidad femenina*, Hormé, Buenos Aires, 1967.
- Jones, E. (1932), “The Phallic Phase”, *Papers on Psychoanalysis*, Baillière, Londres, 1950.
- Klein, M. (1932), *El psicoanálisis de niños, Obras completas, 2*, Paidós, México, 2008.
- Lacan, J. (1938), *La familia*, Homo Sapiens, Buenos Aires, 1977.
- Lampl-de Groot, J. (1927), “La evolución del complejo de Edipo en las mujeres”. En Jones y otros, *Psicoanálisis y sexualidad femenina*, Hormé, Buenos Aires, 1967.
- Langer, M. (1951), *Maternidad y sexo. Estudio psicoanalítico y psicósomático*, Paidós, Buenos Aires, 1976.
- Lanza Castelli, G. (2023), comunicación personal.
- Laplanche, J. (1970), “Agresividad y sadomasiquismo”. En J. Laplanche, *Vida y muerte En psicoanálisis*, Amorrortu, Buenos Aires, 1973. Lanza Castelli
- Nasio, J. D. (2007), *El Edipo: el concepto crucial del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 2010.
- Puchades, S. (2023), “La paradoja femenina. La construcción de la mujer en el camino a su destino anatómico. Revisitando las críticas a la narrativa freudiana”, presentación *on line*, Valencia, 20/04/2023.
- Roudinesco, E. y Plon, M. (1997), *Diccionario de psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1998.
- Roudinesco, E. (2014), *Freud en su tiempo y en el nuestro*, Debate, Buenos Aires, 2015.

